

Cronistas

Rurales del Azuay



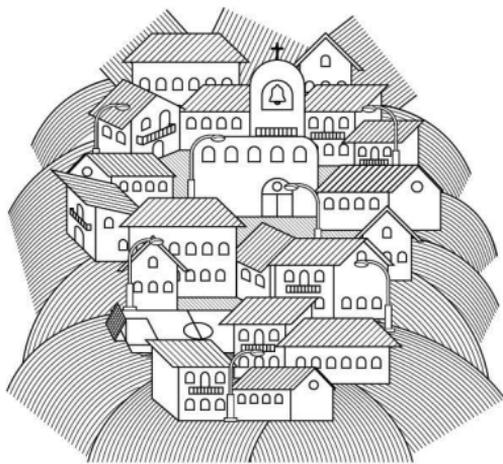
• Cuadernillos •



HISTORIA
REGIONAL

Cronistas

Rurales del Azuay



• Cuadernillos •

Cronistas Rurales del Azuay

©Universidad de Cuenca, 2024

Autores

Anahí Fernanda Asitimbay Elizalde, María Angélica Bernal Jiménez, Marco Antonio Delgado Pulla, Andrea Priscilla Naranjo Zhiña, Constanza Páez Malo, Carlos Manuel León Delgado, Belén Paulina Mora Cuji, Jorge Stalin Chimbo Vélez, Sofía Michelle Pesántez Jiménez, Oswaldo Patricio Chávez Yunga, Bryam Israel Díaz Cabrera, Juan Fernando Curay Calle, Adriana Fabiola Domínguez Mejía, Pablo Adrián Carabajo Déleg, Johanna Alexandra García Bermeo, Naomi Maricel García Rosado, Diego Leodan Heras Heras.

Compiladora: María Gabriela Neira Escudero

David Acurio Páez

Director General de Vinculación con la Sociedad

María Augusta Hermida Palacios

Rectora de la Universidad de Cuenca

Juan Cristóbal Lloret Valdivieso

Prefecto de Azuay

Jenny Sofía Arízaga Alvarado

Directora de Culturas, Turismo y Recreación del

Gobierno Autónomo Descentralizado Provincial de Azuay

Centro Editorial UCuenca Press

Dirección: Daniel López Zamora. **Coordinación editorial:** Ángeles Martínez Donoso. **Corrección de estilo:** Mihaela Ionela Badin. **Diseño:** Jossue Daniel Cárdenas Santos. **Preprensa:** Juan Tigre Amón.

Ciudadela Universitaria
Av. Doce de Abril y
calle Agustín Cueva
(+593 7) 405 1000
Casilla postal: 01.01.168
www.ucuenca.edu.ec

Primera edición
Tiraje: 300
ISBN: 978-9978-14-552-4
Derechos de autor reservados
Esta obra ha sido revisada por
pares académicos.

Cuenca – Ecuador

2024

Índice

Prólogo	5
Introducción	7
Girón	12
San Fernando.....	46
Relatos fotográficos.....	66
Oña	78
Nabón	96

Prólogo

La historia es la esencia de un pueblo, de una tradición, cultura que proyecta una identidad presente y reforzada del pasado. Nuestra historia está plasmada en cada cantón de Azuay y, más a fondo, en sus parroquias rurales, desde donde surgen las costumbres. Resaltar y cristalizar las dinámicas y realidades de cada cantón es un trabajo de gran valor y orgullo para la Prefectura de Azuay, al brindar el apoyo a través de la Dirección de Culturas, Turismo y Recreación de la institución. Trabajo realizado en conjunto con los estudiantes de Pedagogía de la Historia y las Ciencias Sociales; y Periodismo de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad de Cuenca.

Con las visitas a los cantones escogidos, se obtuvo información valiosa y datos derivados de las experiencias de sus habitantes. De esta manera, se construyó una narrativa coloquial, adecuada para crónicas rurales de Azuay.

Es crucial preservar nuestras historias y orígenes en la biblioteca de la memoria. Sin embargo, resulta aún más gratificante cuando estas memorias se materializan en un formato que perdure a lo largo del tiempo.

Crónicas llenas de vida en sus diversas etapas: producción, emprendimientos, agricultura, artesanía, gastronomía, riego, vialidad, equidad social, y más acciones relacionadas con el desarrollo de Azuay. Todas ellas se presentan en un lenguaje universal, destinado a ser difundido tanto dentro como fuera del territorio local.

Y es así cómo hacemos historia y forjamos caminos para generar crónicas de valor que impulsen el turismo en nuestra ruralidad azuaya. Además, despertamos la curiosidad de los jóvenes, invitándolos a recorrer cada cantón y a convertirse en protagonistas de una realidad diferente a la vida urbana.

Juan Cristóbal Lloret Valdivieso

Prefecto de Azuay

Introducción

Los cuadernillos contenidos en este libro son el fruto del Proyecto de Vinculación con la Sociedad titulado “Escuela de Cronistas Rurales del Azuay”. Esta iniciativa, realizada gracias a un convenio entre la Prefectura del Azuay y la Universidad de Cuenca, con la participación de las carreras de Periodismo y Pedagogía de la Historia y las Ciencias Sociales, ofrece una mirada etnográfica a la historia de los cantones Nabón, Oña, Girón y San Fernando, que han sido tradicionalmente ignorados por la historiografía.

El objetivo del proyecto fue reconocer a los cronistas rurales de nuestra provincia, representando un primer intento de acercamiento a los cantones seleccionados. Además de examinar las dinámicas actuales, incluyendo la implementación de servicios básicos y los reconocimientos administrativos que han definido su categoría actual, se consideró también cómo la migración ha transformado la vida de las comunidades. Estas y otras interrogantes motivaron el desarrollo del proyecto para identificar a los guardianes de las memorias en los cantones.

La idea de valorar el trabajo de los cronistas rurales surgió durante la organización del III Encuentro Nacional de Historia de la Provincia de

Azuay, realizado en 2022, a 12 años de la segunda edición. Aunque hubo un antecedente en 2010 con el I Concurso de Historia de los Cantones de Azuay, desarrollado por la Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región y la Prefectura de Azuay, nunca se había incorporado una mesa de cronistas en un evento académico de mayor alcance. La comisión organizadora del III Encuentro consideró prioritario iniciar el evento con una mesa dedicada a los cronistas rurales, donde además de dialogar, se entregaron reconocimientos a su valiosa labor en el rescate de las memorias locales. Tres destacados cronistas fueron invitados, y los moderadores Manuel Carrasco y Tamar Durán les preguntaron sobre sus experiencias en sus comunidades. Tras el evento, buscamos darle continuidad a este espacio con un proyecto de vinculación. Aunque la meta era ambiciosa al intentar crear una Escuela de Formación, hemos alcanzado muchos de los objetivos planteados, como visitas a territorios, contacto con las comunidades, entrevistas a numerosos actores, y la valoración de festividades locales, entre otros elementos importantes.

Durante las visitas a los cantones seleccionados, descubrimos cómo la variedad de rasgos culturales permite identificar cada cantón como único, y cuántos elementos comunes comparten las comunidades

de nuestra provincia. Este aprendizaje ha sido enriquecedor para 30 estudiantes y tres profesores de las carreras de Pedagogía de la Historia y las Ciencias Sociales y Periodismo de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad de Cuenca. El proyecto comenzó con talleres, algunos entre pares, desde historia hasta periodismo y viceversa, y otros fueron impartidos por profesores y funcionarios de la Prefectura de Azuay sobre etnografías y metodologías, antes de las visitas a territorio. Durante el trabajo de campo, se evidenció el alcance de la labor emprendida: la concentración para las salidas, los caminos, las llegadas, los lugares, las personas, las entrevistas, la gastronomía, las artesanías, el compartir. Las experiencias son indescriptibles con palabras.

Estudiantes y profesores realizaron visitas a los cantones de Oña, Nabón, Girón y San Fernando, con el apoyo fundamental de la Dirección de Culturas, Turismo y Recreación de la Prefectura de Azuay y funcionarios de los GADs municipales. En la primera salida se reconocieron los espacios y se identificó la población meta, especialmente adultos mayores con quienes los estudiantes pudieron relacionarse y, en algunos casos, entrevistarlos. En cada cantón, los procesos se realizaron de manera particular. Los

estudiantes hicieron varias visitas posteriores, y conversaron más a detalle con los guardianes de la memoria. Después de la recolección de información, realizamos la revisión y el procesamiento del material, para la publicación de cuadernillos y realización de podcasts sobre las historias de estos cantones.

Entre febrero y marzo de 2024, como parte del proyecto, se desarrolló el coloquio-taller “Nuevas miradas y enfoques del patrimonio inmaterial y la memoria en las sociedades contemporáneas”, en el que participaron profesores de FLACSO-Ecuador, Universidad de Chimborazo, Universidad del Azuay, Universidad de Cuenca y funcionarios de la Fundación Municipal Turismo para Cuenca.

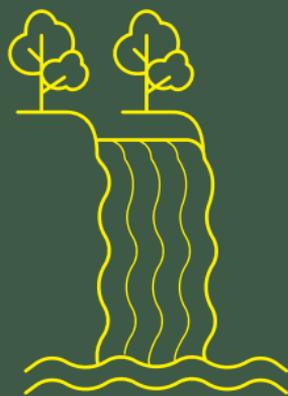
Se organizaron cuatro mesas de discusión y dos talleres de investigación y curaduría titulados “Historia, memoria y vida cotidiana” y “Museos: curaduría de la memoria”, a cargo de los expertos Eduardo Kingman, Mireya Salgado y Lucía Durán, respectivamente; en los que los estudiantes pusieron en valor el trabajo realizado durante las visitas y la vinculación con los cantones.

Además, se realizaron actividades paralelas como la presentación del libro “La Belleza del Mundo”, de Eduardo Kingman, y la planificación de una

salida de campo coordinada por la Prefectura de Azuay a las parroquias de Paccha y Nulti. Para ello, se planificaron talleres, visitas a territorio, reconocimiento de espacios, entrevistas y procesamiento de información.

Sesión I

Girón



**Atractivo natural,
cultural y
religioso**

Historia, tradiciones y fervor

En el corazón de la provincia del Azuay, al sur de Cuenca, se ubica Girón, un rincón impregnado de historia y tradición. Este pintoresco cantón, uno de los 15 que conforman la provincia, se despliega con estrechas calles adoquinadas, casas de construcción antigua y centenarias iglesias, cada una con un testimonio mudo de un pasado lejano. El 20 de diciembre de 2006, el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural de Ecuador reconoció oficialmente a Girón como “Patrimonio Cultural de la Nación”, un honor que refleja sus ricas y variadas manifestaciones culturales.

El nombre de este lugar honra al capitán español Francisco Hernández Girón, quien pasó por la región en 1534. Sin embargo, la historia de Girón se remonta mucho más atrás, según un informe técnico del Instituto Nacional del Patrimonio Nacional (INPC, 2006), cuando la zona oriental del cantón era conocida como “Leoquina”, que en lengua cañari significa “laguna de la culebra” o “culebra escondida en la laguna”, en referencia a la laguna de Busa, del vecino cantón San Fernando, territorio que en ese entonces se llamaba Pacaybamba (“llanura de guabos”).

Girón ha sido constituido como cantón en tres ocasiones: la primera el 25 de junio de 1834, la segunda el 17 de abril de 1884, y la tercera y definitiva el 26 de marzo de 1897 (INPC, 2006). Hoy en día, Girón alberga a 12 182 habitantes (INEC, 2022) que continúan tejiendo la historia de este espacio.

Las fiestas del Señor de Girón son una joya de estas costumbres, que combinan fervor religioso y celebración popular. Estas festividades son una muestra de la identidad local, un reflejo de la diversidad y riqueza cultural de Girón, y una historia sorprendente que merece ser divulgada.

Las fiestas son un punto de encuentro comunitario y una expresión de la identidad colectiva. Su

importancia se ve reflejada en numerosos reportajes y estudios, como la investigación “La Fiesta de los Toros en Girón” (1996), de la reconocida historiadora Ana Luz Borrero Vega. En su análisis etnográfico, Borrero Vega desentraña el origen, la organización y el significado de estas celebraciones.

En esta amalgama de historias y costumbres, Girón es un testimonio vivo de la riqueza cultural de Azuay, un enclave mágico que ansía ser descubierto y preservado. Cada calle, cada celebración, cada rincón susurra relatos del pasado, esperando a ser escuchados y valorados.

Espejos de identidad

A 45 kilómetros de Cuenca, siguiendo la ruta hacia Pasaje, se encuentra el núcleo cantonal de Girón. El viaje, de cerca de 40 minutos, nos traslada a un lugar donde la historia y la vitalidad se entrelazan en cada esquina. En una fría mañana, llegamos a la plaza central, corazón de la vida administrativa, judicial y eclesiástica de la localidad. Allí somos recibidos con la calidez típica de su gente, y las autoridades locales nos dan la bienvenida. Pronto, emprendemos un recorrido por los rincones más emblemáticos de esta tierra, descubriendo sus secretos y maravillas.

Nuestra primera parada nos lleva a la imponente iglesia del cantón, una joya arquitectónica que resguarda en su interior un profundo misticismo. Entre sus muros, se encuentran veneradas imágenes de la Virgen y varios santos, pero es el Señor de Girón quien domina el Altar Mayor, testigo silente de la fe de generaciones.

Continuando el periplo, nos adentramos en La Casa de los Tratados, un espacio que repica con los ecos de la historia. Aquí, en 1829, se selló la paz con Perú tras el conflicto de Tarqui, un hito que hoy es conmemorado en forma de museo. Desde la Sala de Armas, donde yacen municiones testigos de aquellos tiempos, hasta el segundo piso donde reposan los uniformes militares, la mesa de las negociaciones y la firma del Tratado, cada rincón respira el legado de aquellos eventos que moldearon la identidad de Girón. Luego, descendemos a una de las salas subterráneas, donde se proyecta una película sobre la Batalla Naval de Jambelí, ocurrida un 25 de julio, coincidiendo con la fecha de nuestra visita. Esto le otorga un significado especial a la experiencia, permitiéndonos revivir aquel fragmento de la historia a través de imágenes y relatos que involucran al cañonero ecuatoriano Abdón Calderón y al destructor peruano Almirante Villar.

Una experiencia adicional nos aguarda en la Casa del Adulto Mayor, donde descubrimos que la vida cotidiana de este pueblo mágico ha sido transformada, en sus inicios, por la llegada de la electricidad y, posteriormente, el invaluable apoyo de los migrantes, quienes con su esfuerzo han contribuido significativamente al crecimiento de la comunidad.

Amalgama de costumbres

En las tierras de Girón, la vida se tiñe con costumbres que nutren su identidad colectiva, y dan sentido de continuidad y pertenencia a lo largo del tiempo. Aquí, convergen la alegría y el amor, y es donde el pasado y el presente se entrelazan como quieren.

Este lugar huele a su gastronomía típica, que nos traslada a las cocinas antiguas rebosantes de manjares: colada morada, pan de yuca o de achira, cuyo asado al carbón y caldo de pata. El mercado artesanal exhibe estos platillos, convirtiendo la comida tradicional en un festín para los sentidos, una celebración de identidad y patrimonio compartido alrededor de la mesa.

La medicina ancestral es otra costumbre profundamente arraigada en Girón. Las curanderas y

hierbateras, figuras respetadas en la comunidad, son consultadas por muchos en busca de remedios naturales. Estos saberes, transmitidos de generación en generación, son parte esencial de la identidad cultural del lugar.

De igual manera, los artesanos de Girón son populares por su destreza y pasión. Sus hábiles manos transforman la madera en esculturas que también narran la historia de su tierra, reflejando la rica cultura y el talento innato de esta comunidad. Estas tradiciones sostienen y enriquecen la herencia cultural de Girón y reflejan una conexión profunda entre la sabiduría tradicional y la expresión artística.

En Girón, la religión católica desempeña un papel fundamental en la vida cotidiana. Las celebraciones religiosas, como el Carnaval, Corpus Christi, Navidad con el tradicional Pase del Niño y Semana Santa, son reflejos de fe, misticismo y devoción. Entre todas, destacan las fiestas del Señor de Girón o Señor de las Aguas, el patrono de esta noble tierra. Durante esta festividad, el pueblo se une en danzas y música, llenando las calles con trajes de colores y una alegría desbordante.

Asimismo, se honra a la patrona, la Virgen de la Merced, con procesiones y danzas que fortalecen los lazos comunitarios y preservan el legado cultural.

Las bandas de pueblo son un distintivo inconfundible de las celebraciones en Girón. En los albores del siglo pasado, un grupo de músicos se unió con la intención de combinar sus talentos y sonidos. En aquel entonces, la tecnología aún no había inundado los hogares con reproductores de música, y era la tarea de estos músicos amenizar las diversas actividades sociales. Este encuentro marcó el nacimiento de las tradicionales bandas de pueblo en la región. Su propósito inicial era interpretar melodías populares para acompañar los eventos sociales de la época. En Girón, al igual que en muchas otras localidades del país, estas bandas se convirtieron en una parte esencial de la vida cotidiana de los habitantes, arraigadas en las costumbres y tradiciones que han perdurado durante décadas, e incluso siglos.

A lo largo de las últimas décadas del siglo XX, Girón fue testigo del surgimiento de varias instituciones dedicadas a la música popular. Sin embargo, la mayoría desapareció poco después, enfrentando diversas dificultades. Solo una logró resistir el paso del tiempo la “Banda Vieja”, renombrada en 2007 como la “Centenaria Banda de Músicos del Cantón

Girón”. En 2010, la Centenaria Banda se dividió, dando origen a una nueva agrupación liderada por exmiembros y jóvenes talentos. José Pauta, en honor a su padre, bautizó a esta nueva generación como la “Banda Luis Pauta Encalada”. En 2018, una tercera agrupación, la “Banda Señor de las Aguas”, se sumó al panorama musical del cantón. Esta iniciativa surgió debido a la alta demanda de integrantes en las otras bandas, y cuenta con la colaboración de músicos provenientes de distintas localidades, incluso del vecino cantón San Fernando.

Con el paso del tiempo, las bandas de Girón han evolucionado y se han adaptado a los cambios en la sociedad y en los gustos musicales. En un mundo donde la tecnología avanza rápidamente, muchas tradiciones sociales han caído en el olvido. Sin embargo, estas orquestas de pueblo han logrado mantenerse vigentes, reinventándose para seguir siendo relevantes en la vida de la comunidad.

Rumbo a las fiestas en honor al Señor de Girón

La festividad en honor al Señor de Girón entreteje la historia de varias generaciones y traspasa las fronteras geográficas y culturales. Nuestra curiosidad se intensificó al escuchar las narraciones

sobre este grandioso evento, y ese fue el impulso que necesitábamos para emprender el viaje a Girón. El objetivo: sumergirnos en el corazón de estas celebraciones y capturar la esencia de esta tradición arraigada en la fe.

En el centro cantonal de Girón, la quietud apenas disimula la inminente efervescencia que aguarda tras cada esquina, ansiosa por ser desvelada. La iglesia del lugar, con su diseño arquitectónico moderno, se alza majestuosa como un símbolo de fe, aunque la auténtica esencia de la festividad reside más allá de los muros eclesiásticos, en un recóndito lugar conocido como Pucucarí. Allí, los rituales adquieren vida, y la existencia, su propósito.

Al otro lado de la calle, frente a la iglesia, tres mujeres de avanzada edad, ataviadas con la vestimenta tradicional, y “custodias” de los secretos del pueblo, conversan animadamente, anticipando los eventos principales de la jornada. “Hoy la celebración es en Pucucarí, bajo la dirección del Alcalde Jorge Duque”, nos informa la más joven. Ante el sondeo sobre la acogida de forasteros en este territorio, responde con convicción: “El alcalde es buena persona, estas festividades son para todos”.

Para llegar a Pucucará, decidimos tomar una camioneta de transporte mixto. Durante el recorrido, el conductor se convierte en nuestro guía improvisado, compartiendo informaciones fundamentales sobre la festividad. Descubrimos que los priostes son los principales artífices de la celebración. El prioste principal, conocido como el “Alcalde”, junto a dos priostes secundarios, “Incierro derecho” e “Incierro izquierdo”, financian las actividades durante una semana.

El conductor nos desvela que el costo total de estas festividades puede alcanzar la cifra de 80 mil dólares. De esta suma, el Alcalde aporta alrededor de 40 mil, mientras que los dos Incierros contribuyen con 20 mil dólares cada uno. Este despliegue económico va más allá de las contribuciones directas. El Alcalde, además, recibe o solicita donaciones de amigos y familiares, especialmente ganado, destinado a alimentar a los participantes en la festividad.

En la comunidad, nadie se niega a entregar una cabeza de ganado, como ofrenda. Se cree firmemente que “el Señor es castigador”, como explica el conductor. “Si alguien no dona, su ganado sufre. Por eso, es preferible ofrecer un animal para evitar mayores pérdidas”. Incluso hay quienes, al comenzar el año, destinan una vaca para el Señor de Girón

y, “sorprendentemente, no le ocurre nada malo a su ganado; puede dejarlo en libertad sin mayores preocupaciones”.

El respeto hacia el Señor de Girón es profundo y arraigado en la vida de los gironenses. Para ellos, las ofrendas son un acto de devoción y una medida preventiva que asegura la prosperidad y el bienestar de su ganado. Este ritual, transmitido de generación en generación, se ha convertido en un pilar de la identidad cultural de la comunidad.

La devoción no se limita únicamente a los residentes locales. Muchos migrantes también participan en esta tradición, donando ganado como muestra de agradecimiento por haber llegado a su destino, Estados Unidos, sanos y salvos. Estas ofrendas reflejan la continuidad cultural y la conexión espiritual que trasciende las fronteras geográficas. El Señor de Girón, venerado y temido, sigue siendo el guardián de sus creencias y protector de sus bienes.

Corazón de la fiesta

Tras aproximadamente 20 minutos de recorrido por la angosta carretera, una afluencia de vehículos impide a la camioneta avanzar hasta el centro de las

fiestas. Varias personas, con la familiaridad de quienes conocen cada rincón de su tierra, nos indican un sendero entre los potreros que debe ser seguido a pie. La música de la banda de pueblo, sonando a lo lejos, nos guía hacia el corazón de la celebración.

El trayecto a pie es una experiencia de sentirse. El sendero, rodeado de potreros, se convierte en un camino de encuentro y comunión. Los rostros de los caminantes irradian emoción. La música, aunque distante, actúa como un imán, atrayendo a todos hacia la fiesta con sus ritmos alegres y contagiosos.

Al llegar al centro de la celebración, la atmósfera se intensifica. El bullicio de la gente, los puestos de comida y las decoraciones festivas nos impregnan de alegría y devoción. Allí, nos encontramos con el prioste principal, don Jorge Duque Illescas. Después de intercambiar algunas palabras, le pedimos una entrevista posterior al evento, pues no consideramos adecuado interrumpir su itinerario en pleno desarrollo de las actividades. Así, vislumbramos la oportunidad de obtener un relato más profundo y detallado de las fiestas en honor al Señor de Girón, directamente de uno de sus protagonistas principales, el Fiesta Alcalde.

En esta comunidad, la figura del Señor de Girón es un pilar de la identidad colectiva. Las ofrendas de ganado, las procesiones y la música confluyen en un acto de agradecimiento que trasciende generaciones. La promesa de una conversación con el señor Jorge Duque augura desentrañar las historias y significados más importantes de esta celebración, ofreciendo una visión íntima de una tradición que sigue viva en el corazón de Girón.

El Fiesta Alcalde

El elemento central de la vida cantonal es la Fiesta de los Toros, un evento que reúne a todos en un encuentro espiritual y de conexión con el prójimo. Este evento tiene más de 200 años de historia, según relata Jorge Duque. Es un legado que se remonta a la época del periodo colonial.

La historia de esta fiesta se origina en el Valle de Cañaribamba, conocido hoy como el Valle de Yunguilla. Un español, dueño de una extensa hacienda y de una mina en la región, poseía tres veneradas efigies: el Cristo Crucificado, la Virgen Dolorosa y San Juan Bautista. Cada año, el encomendero reunía a sus trabajadores para celebrar la Fiesta de los Toros, incluyendo las tradicionales corridas. Tras su

muerte, la tradición se integró en la vida cotidiana de la gente del lugar y la celebración se trasladó al centro de Girón.

Consideramos interesante intercalar datos sobre la polémica eclesiástica surgida en torno a la imagen del Señor de Girón, conocida como “El Cristo de Salinas”. Don Juan de Salinas y Loyola, encomendero español y propietario de las minas de Cañaribamba, encargó en España la confección de un Calvario. Sin embargo, este conjunto de imágenes no llegó a Girón durante su vida, sino después de su muerte en 1582 en la ciudad de Loja.

El historiador Padre Julio María Matovelle relata que, al llegar el Calvario a su destino, compuesto por Cristo, La Dolorosa y San Juan, surgió un conflicto entre las parroquias de Girón, Cañaribamba (Santa Isabel) y San Fernando. Cada una se creía con derecho a la posesión del Calvario, generando un ruidoso pleito eclesiástico. Alegaban su derecho basado en su contribución al trabajo minero.

Finalmente, la autoridad competente resolvió el conflicto: la imagen de Jesús Crucificado fue adjudicada al pueblo de Girón, la de La Dolorosa a la parroquia de Cañaribamba (Santa Isabel), y la de San Juan al anejo de San Fernando.

Después de este episodio, el Padre Matovelle y los devotos de Girón afirmaron que la imagen original del Cristo de Salinas desapareció del templo de Girón a causa de un incendio en 1862. Fue sustituida por la actual, elaborada por el artista cuencano don José Miguel Vélez.

Además, parte fundamental de la historia de Girón es un supuesto hecho milagroso que, de acuerdo con la tradición oral, sucedió mucho tiempo atrás: tres hombres que se bañaban en un río del lugar tuvieron una visión de Cristo, quien les habría encomendado construir allí una capilla para su culto. Nació así la tradición del Señor de Girón, imagen venerada por la mayoría de los habitantes del cantón, quienes atribuyen a la misma propiedades milagrosas, como la de atraer la lluvia en temporadas de sequía.

Conociendo ya el origen de esta fiesta, pasemos a explorar su sinergia. La celebración comienza en el centro cantonal, donde la comunidad se congrega para dar inicio a los festejos. Los toros son liberados en las calles y los guías, valientes y determinados, los persiguen, los capturan y los llevan de vuelta, cumpliendo su deber. Entregan los toros al prioste, quien autoriza su sacrificio.

Hace unos 50 o 60 años, según recuerda don Jorge, el cantón Girón comenzó a experimentar un proceso migratorio que cambiaría para siempre la dinámica de su comunidad. Él, un testigo de este fenómeno, nos relata cómo la fe en el Señor de Girón se convirtió en un pilar fundamental para aquellos que decidían emprender el arduo camino hacia Estados Unidos. “Lo primero que hacen los migrantes al partir es hacerle una promesa al Señor de Girón”, explica don Jorge Duque. Esta promesa tiene dos partes: pedir ayuda para cruzar la frontera y llegar a Estados Unidos, y, una vez allí, conseguir un trabajo, obtener los papeles, la residencia, y cumplir sus metas, como casa, carro, negocio. Solo después de alcanzar estos objetivos, los migrantes regresan para celebrar la fiesta en honor al Señor de Girón. Don Jorge revela que esta promesa se mantiene hasta hoy en día. A medida que avanza la conversación, comprendemos más el impacto significativo del apoyo de los migrantes en estas fiestas.

El prioste acota que la fiesta fue creciendo: “ya no eran dos priostes, sino tres, cuatro, hasta llegar a seis priostes por semana”. Esto explica la prolongada celebración, que comienza el 15 de octubre y termina a finales de noviembre. Son seis semanas consecutivas, cada una a cargo de un prioste, lo que da lugar

a una celebración continua durante este periodo, menciona don Jorge.

En medio de la conversación con don Jorge, surgen varias preguntas: ¿qué es o quién es el llamado “Fiesta Alcalde”? ¿Qué papel desempeña en la festividad? Además, ¿qué y quiénes son los “Incierros”?

Nuestro protagonista nos contesta sonriendo: “Siempre, el Fiesta Alcalde es un migrante. Es uno de los migrantes que llegaron a Estados Unidos, lograron sus metas y regresaron para cumplir con la fe y la devoción al Señor de Girón”. Este personaje es el protagonista principal, el responsable económico de la celebración, ya que “una fiesta hoy en día está costando entre 40 y 60 mil dólares”, detalla don Jorge.

Al referirse a los incierros, aclara que siempre son los “de aquí, quienes ponen los payasitos, las comparsas. Es un gasto pequeño, pero tiene el apoyo de la gente, de los vecinos, de la misma gente de Girón”. Muchas veces, el mismo Fiesta Alcalde apoya a estos Incierros, ya que no tienen el poder económico de los migrantes. Esta colaboración muestra la unión entre el prioste principal y los Incierros locales. Además de ellos, otros actores comunitarios participan activamente, como guías, altareros, plati-lleras, músicos, entre otros.

“La fiesta en honor al Señor de Girón estuvo dentro de mi familia, la familia Duque y Illescas, por 20 años consecutivos”, recuerda don Jorge. “Era mi abuelito, mi abuelita, mi tío, mis papás. Luego, los parientes”. Pero, a diferencia de antes, “ahora, para pasar la fiesta hay que anotarse y esperar al menos cuatro o cinco años para que le toque el turno”. Esto se debe a la gran cantidad de migrantes que se han anotado para celebrar al Señor de Girón. “La persona que coge la fiesta en este mes de noviembre de 2024 tiene un año para la preparación”, destaca el sacerdote.

Don Jorge también migró hace aproximadamente 30 años y, como muchos otros, hizo la promesa al Señor de Girón. Al llegar a Estados Unidos, logró materializar sus objetivos y obtener la ciudadanía. “A los 6-8 años de vivir en Estados Unidos, o un poco más, vine a la fiesta de mi papá. No, de la abuela primero, después vine a la fiesta de mis padres. Mi abuelita pasó tres años, mis padres pasaron dos años”, rememora el ahora sacerdote.

Existe una regla para el Fiesta Alcalde: “La persona, el sacerdote, el Fiesta Alcalde, tiene que pasar dos años. No puede pasar solo un año y olvidarse. No, tiene que pasar dos años para que esté completa la fiesta. Así, nosotros, hemos pasado”, refiriéndose a su familia. Esta norma implica que el sacerdote debe

asumir el cargo y las responsabilidades durante dos años consecutivos.

Don Jorge vino a pasar su fiesta cuando llevaba radicado en Estados Unidos más de 15 años. “En esa época, a mí, personalmente, me costó 50 mil dólares la fiesta. Le estoy hablando de unos 15-18 años atrás”, relata con emoción. “La fiesta, yo la hice con toda la devoción, con toda esa fe y ese amor al Señor de Girón porque si yo hubiera podido hacer más, lo hubiera hecho”, para él, la motivación para realizar la fiesta no era por lujo, orgullo o capricho, sino por las muchas bendiciones recibidas del Señor de Girón. “Lo que yo pude hacer por el Señor de Girón realmente fue poco”, enfatiza, agradecido por las bendiciones familiares, más allá de lo económico.

Al abordar la idea de que el Señor de Girón es castigador, don Jorge es claro: “No, no tanto así. La gente lo da por voluntad, nadie lo pide”. Explica que la cultura y la tradición hacen que la gente aporte con lo que puede, sin necesidad de solicitarlo. “La gente lleva un galoncito de leche, pero apoya. Incluso, hay personas que compran un quintal de papas, choclo, fréjol, lo ponen en su carro y dicen *Señor Prioste, aquí está*. Lo entregan sin que el prioste lo pida”.

Jorge Duque recalca que el Fiesta Alcalde, al venir de Estados Unidos, es alguien que ha trabajado y ha traído consigo los fondos económicos necesarios para el evento. “Si contribuyen, en buena hora, pero si no, olvídense”. La gente contribuye por devoción, no por obligación. “Nosotros no vemos al Señor de Girón como un señor castigador, lo vemos como un Dios de bondad y milagroso”, que guía sus pasos. Esta percepción ha engrandecido la fiesta, la tradición y la cultura del Señor de Girón, según nos indica nuestro Fiesta Alcalde.

Desarrollo de la festividad

El domingo se destina a la preparación de la gran fiesta del Señor de Girón. La gente, con dedicación y esmero, se congrega para preparar la chicha, el mote y todos los alimentos que se consumirán al siguiente día, como reflejo del cercano vínculo entre la comunidad y la iglesia, especialmente evidente en el Día de la Leche. Cada lunes, personas de diferentes regiones llegan cargadas con leche, esencial para la preparación del dulce de leche.

La organización es clave: el domingo anterior todo debe estar listo. En este día, se recolectan entre 1 500 y 2 000 litros de leche, suficientes para

alimentar a 200 o 300 personas diarias durante más de 10 días, desde el domingo hasta el miércoles de la siguiente semana.

El martes, las encargadas se dedican a elaborar el queso y el dulce de leche. Ese día, la atmósfera se llena de espiritualidad, con incienso y velas, y el altarero prepara el altar mayor donde reposará el Señor de Girón.

El miércoles marca un momento solemne: la procesión del Señor de Girón desde la iglesia hasta la casa del prioste. Tras la misa, la llegada del Señor a la casa inicia oficialmente la fiesta.

El jueves es el día de los guías, quienes se encargan de “rajar la leña”, como explica don Jorge, para preparar los alimentos y organizar la corrida para el juego de la Escaramuza, que se celebra detrás de la iglesia, en el parque de la Escaramuza.

El viernes, desde temprano, los guías y sus familias se reúnen para un banquete. Este día también tiene un profundo sentido tradicional, pues se lleva a cabo una minga de leña. Antiguamente, cuando no existían cocinas a gas o electricidad, se cocinaba con leña. Se traía leña de las montañas, con unas 20 o 30 yuntas arrastrando grandes troncos hasta la casa del prioste, donde se dejaban secar para la fiesta del

Señor de Girón. Como un recordatorio de un pasado lejano y añorado, el cronista relata cómo, ese día viernes, “la gente se viste con su ponchito, se pone su sombrerito, sus botas, y llega con su yugo y su palo para unir a las yuntas y llevar la leña a la casa del prioste”, como apoyo.

El sábado, a las 4 o 5 de la mañana, llega el prioste del año anterior para dar el albazo, un despertar musical con la banda del pueblo interpretando la canción típica *Levanten priostes, vamos a la romería*. El prioste debe levantarse para recibir a los guías que llegaban la noche anterior con fuegos artificiales y otra banda. Este es un gran sacrificio, ya que el prioste y sus asistentes apenas duermen una o dos horas.

Con la llegada del alba, comienza otro día de fiesta. Los priostes y los guías preparan el café y brindaban con canelazos, mientras ya están en camino los toros para la corrida. Al menos veinte toros participan en la corrida. El prioste entrega los toros a los guías mayores, quienes deben llevarlos a pulso, sin cuerdas ni ataduras, guiándolos solo con la fuerza de sus manos y la cooperación de otros guías. Si no logran hacerlo, el prioste no autoriza el sacrificio del toro. Es una tarea ardua, pero los guías la cumplen.

Los guías recorren el lugar con el toro, lo entregan al prioste, quien da la orden de sacrificio, haciendo la señal de la cruz antes de degollarlo. En ese momento comienza el ritual: se recoge la sangre caliente del toro, que es bebida por los guías, los priostes y cualquiera que desee participar. Nadie está obligado, pero muchos vienen a pedir su vaso de sangre, acompañado de un vaso de trago para contrarrestar el sabor amargo.

Luego de esto, los guías tienen que preparar el toro, pelarlo, sacar los cueros sin ninguna falla, porque más tarde deben elaborar la “vaca loca” o el “toro loco”, que tienen que ser quemados en las vísperas en el centro cantonal. En ese momento, también sacan el “pañuelo”, una membrana muy delgada que cubren las vísceras. Como ritual, este “pañuelo” se coloca sobre los hombros y la cabeza de la esposa del prioste, y, la médula del toro, en el cuello del prioste.

Ya preparados, alrededor de las tres y media de la tarde, comienza la salida del prioste y de los incierros hacia el centro cantonal. La procesión avanza a pie, llevando al Señor de Girón en los hombros, acompañados por los guías, los caballos, la banda de música, los altareros, las niñas que portan el incienso y los platilleros que se unen a la fiesta. El recorrido puede

durar una hora o más, dependiendo de la distancia desde la casa del prioste hasta el centro cantonal.

Aproximadamente a las cinco o seis de la tarde, la procesión llega al centro cantonal y realiza un recorrido por las calles principales, culminando en el Parque de la Escaramuza. Allí, los guías, los priostes y toda la caravana hacen un recorrido ceremonial antes de dirigirse a la iglesia para la misa. Tras la misa, todos se congregan en el atrio de la iglesia, donde se queman los castillos, las vacas locas y se observa una deslumbrante exhibición de fuegos artificiales. Don Jorge Duque nos revela que solo en fuegos artificiales se invierten aproximadamente entre 10 y 15 mil dólares.

El rincón de los recuerdos se ilumina con los colores deslumbrantes de los fuegos artificiales, cuya duración puede ser de 3 o 4 castillos, dependiendo de la capacidad económica de cada prioste. Al final de una jornada llena de risas y devoción, los participantes se dirigen a la casa del prioste, preparados para la víspera del siguiente día de fiestas, que comienza alrededor de las 12 de la noche o 1 de la mañana; otra hora más de caminata, pero así es la fiesta. Una vez en la casa, se disfruta de la merienda y, si hay fuerzas, se baila un poco. Si no, se va a dormir, porque al día siguiente hay que madrugar:

es el día grande, el domingo, el día del Señor, el más importante de todos.

El domingo, todos se visten con sus mejores trajes. La priosta, los platilleros, los guías, todos se ponen sus mejores galas para el día más significativo. Igual que los días anteriores, la procesión se dirige al centro cantonal. El prioste llega con toda su comitiva, los guías, los incensarios, y se preparan para la misa que se celebra desde las 11 de la mañana hasta al mediodía. Este día es la culminación de la fiesta, un momento de máxima devoción y celebración.

La jornada se llena de solemnidad y devoción porque marca el punto culminante de esta tradición arraigada en el corazón de la comunidad.

“Luego, sale el Señor Grande, el Señor Principal, el Señor de Girón, para la procesión”, destaca emocionado don Jorge Duque, reviviendo ese momento. El Señor de Girón solo sale en procesión dos veces al año: en Corpus y en la Fiesta de los Toros. El recorrido dura aproximadamente dos horas. Después, el Señor de Girón regresa a su lugar, al altar. Afuera, los toros que no se han sacrificado hasta el domingo son un símbolo de caridad. Los animales restantes se regalan a la iglesia, a las escuelitas o se donan a la gente más necesitada.

Don Jorge sonríe al recordar la fiesta de su hermana, mencionando que donó un toro valorado en casi 1 400 dólares. Su hermana también entregó otro toro de alrededor de 1 300 dólares. Entonces, les surgió la pregunta de por qué no se consideraría la ofrenda de una yunta, de unos 2 700 dólares, para la iglesia, impulsados por un profundo sentido de honor. Además, se asignó un toro para la Escuela de las Madres y otro fue destinado a la escuela del 27 de Febrero, con un valor de 1 000 dólares cada uno. “Así es cómo se apoya, cómo se ayuda, no solo a los más necesitados, sino también a las instituciones. Porque a veces, las instituciones también requieren apoyo, y de esta manera lo han hecho y siguen haciendo los priostes”, resalta el Fiesta Alcalde con orgullo.

Una parte integral de la festividad es el reto: brevemente se agradece al Señor de Girón, seguido por el inicio del “ataque”. El reto, bautizado por el cronista como “achaque a los malos”, es llevado a cabo por un enmascarado que, entre risas, lanza críticas humorísticas hacia diversos aspectos de la vida política o social, desde autoridades hasta migrantes. Esta tradición, aunque a veces exagerada, refleja el sentir del pueblo de una manera que no puede expresarse directamente. “El achaque a los malos, al mal alcalde, a las malas autoridades, que no están

haciendo obras, que simplemente están calentando los puestos; en fin, una barbaridad de cosas, pero es la manera, el sentir del pueblo, que no los puede decir así de frente; lo dice este señor, el reto, el enmascarado”, aclara el sacerdote.

Y continúa: “Tiene cubierta la cara para que no descubran quién es. Pero se le manda cantidad de cosas a la gente. Por ahí un ataque a los novios, por ahí a los guías, por ahí a la banda de músicos, por ahí a los migrantes, por ahí... En fin, a veces nadie se salva. Pero es una tradición, la gente se ríe de escuchar tantas cosas que le dicen, en algunas ocasiones son verdades, en otras, se debe exagerar”.

Tras la actuación del reto, la celebración continúa en la posada, donde el sacerdote y su comitiva disfrutan de un almuerzo y bailan “un poquito”. Luego, se trasladan al escenario en la plaza frente al mercado, una cancha con techo, para el gran baile popular, amenizado por artistas nacionales e internacionales hasta altas horas de la madrugada. Todo depende del poder económico del sacerdote porque este espectáculo es gratuito. La festividad del Señor de Girón es también un motor económico para el cantón, porque además llegan muchos turistas. Cada migrante destina entre 1 000 y 2 000 dólares exclusivamente para disfrutar de la fiesta. Este

desembozo se refleja en la actividad comercial y las ventas durante el evento, que constituyen un pilar crucial de la economía local.

Después del baile del domingo, el lunes los guías asumen la responsabilidad del altar y la imagen del Señor de Girón, ya que este día es su festividad. Tras velar al Señor de Girón durante la noche, los guías preparan sus caballos con los mejores aperos y se visten elegantemente para la procesión del día siguiente. Salen desde la casa del prioste hacia el centro cantonal, donde se unen a los Incierros y a las comparsas. En el parque de la Escaramuza, detrás de la iglesia, realizan diversas labores a caballo, como: representar símbolos nacionales, el escudo, la bandera, o hacer la copa. La chirimía, un instrumento tradicional en peligro de extinción, suena durante estas actividades, aunque cada vez es más difícil encontrar músicos que lo toquen: “es una tradición que agoniza al ya ser escasas las persona que tocan esta chirimía, ya que muchos murieron. Y, lamentablemente, no han seguido los hijos, los nietos. No siguieron con este instrumento, no practicaron, no aprendieron. Se pone un poco difícil. Solo esta persona está cobrando 1 500 dólares para tocar esa chirimía en la fiesta”, confiesa don Jorge. La banda de músicos, que acompaña al prioste, representa

otro gasto significativo para la festividad, que puede costar entre 3 000 y 4 000 dólares.

El lunes continúa con la “botadura de caramelos”, donde los guías lanzan golosinas al público que se congrega alrededor del parque de la Escaramuza: “los niños están ahí, por todo lado, cayendo casi entre las patas de los caballos, por conseguir sus caramelos, sus naranjas, sus golosinas”, se ríe el sacerdote.

La jornada culmina con la quema de fuegos artificiales, que incluye castillos, soldados y luces chinas de colores. Posteriormente, un baile marca el final de la solemnidad del día, alrededor de las 6 o 7 de la noche, antes de dirigirse a la iglesia para entregar la festividad al nuevo sacerdote. Este, junto con los sacerdotes anteriores, da una vuelta alrededor del parque antes de continuar con la celebración en el Hotel del Rincón del Río, donde se lleva a cabo el cambio de botellas y se celebra con música y baile hasta altas horas de la noche. “Y ahí, ya se queda posesionado el nuevo sacerdote para el próximo año”, enfatiza el sacerdote.

El martes, la algarabía disminuye considerablemente. En este día, se reúnen las platilleras, quienes van a soltar a los cuyes y los pollos al aire libre, de manera similar a como se sueltan los toros.

Las chicas se encargan de atrapar a los pollos y a los cuyes. Cada platillera recibe unos 20 cuyes y tiene la responsabilidad de llevarlos al festín; de lo contrario, deberá pagar una multa. Estos animales se destinan a la preparación del banquete que se ofrecerá más tarde a las platilleras y a sus familias.

El martes por la noche se celebra este banquete, que concluye alrededor de las ocho o nueve de la noche. A partir de entonces, la fiesta cobra vida con un animado baile, siendo esta la última noche de celebración intensa, que se extiende hasta la una o dos de la mañana.

El miércoles, el ritmo de la fiesta cambia. La jornada se dedica a abrir el altar y trasladar la imagen del Señor de Girón desde la casa del prioste al centro cantonal. A las cinco o seis de la tarde, el nuevo prioste, ansioso y lleno de expectativa, se prepara para recibir la imagen y llevarla a su nueva casa de fiesta. El prioste anterior, en una ceremonia cargada de simbolismo y tradición, entrega la imagen al nuevo custodio. Así, una nueva semana de festividades da comienzo.

Así se desarrollan estas celebraciones, con varios días de intensa algarabía, emoción y, sobre todo, una profunda fe en el Señor de Girón, el Señor de las Aguas.

Encuentro multicultural

La festividad en honor al Señor de Girón se ha mantenido viva gracias a la devoción de los gironenses, y ha sido revitalizada y ampliada por la influencia de la migración, que ha enriquecido esta celebración tanto económica como culturalmente.

Don Jorge, nuestro protagonista, nos cuenta: “Los migrantes, que se han casado con personas de otros países, vienen y son felices acá. Los dominicanos, los mexicanos, los puertorriqueños, los italianos, los europeos, los de Sudamérica, de Latinoamérica, del Caribe, que ya están unidos con los gironenses, vienen”.

La visión de las mujeres extranjeras luciendo el atuendo de la cholita gironense, la pollera, el paño cachemir, la blusa, los aretes, y el sombrero de paja toquilla, es algo que él describe como “hermoso de ver”. A pesar de ser de otros países, “les gusta nuestra tradición, nuestra cultura y esa fe, esa religiosidad que tenemos nosotros”, añade con orgullo.

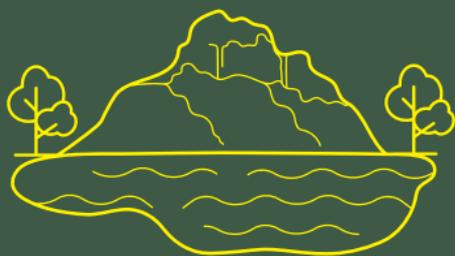
La festividad del Señor de Girón ha traspasado fronteras, celebrándose también en New York, New Jersey o Connecticut. Don Jorge explica que los migrantes que no pueden llegar a su pueblo natal en esas fechas de celebración, “ya sea por los papeles,

por problemas legales, también pasan la fiesta allá”. Con gran entusiasmo, relata cómo en estos lugares se replican los elementos esenciales de la celebración: “Se hace allá el dulce de leche, allá también preparan los cuyes, preparan los pollos, en fin, están los guías, está el reto”.

La fiesta es acogida también por personas de otras nacionalidades. El cronista recuerda cómo los puertorriqueños y dominicanos se refieren a la festividad con cariño y un toque de humor: “Cuando ven nuestra fiesta allá, que se da en el mes de octubre, dicen que ya llegó el Halloween de los ñañitos”. Este apelativo, usado para referirse a los oriundos de Girón y de Ecuador en general, es recibido con una sonrisa por don Jorge, quien añade: “Nos dicen que ya llegó el Halloween de los ecuatorianos cuando ven los payasitos, todos los disfraces, la gente en las calles en caravanas festejando la fiesta en honor al Señor de Girón”.

Sesión II

San Fernando



**Entre míticas
lagunas y
cerros**

Tesoro natural

El cantón San Fernando se muestra en el corazón de una región privilegiada por la generosidad de la naturaleza, entre cerros y lagunas, hilando su identidad a través de una rica historia y un encanto innegables. En un recorrido etnográfico por sus calles, descubrimos la arquitectura local, con sus casas de adobe rodeadas de este entorno natural, como una estampa digna de postal. San Fernando se encuentra a pocos minutos de reconocidos puntos turísticos de cantones vecinos. Esconde en sus rincones la huella viva de una historia ancestral, remontándose a los tiempos del pueblo cañari. Las leyendas se entrelazan con la realidad, y las místicas lagunas guardan celosamente los secretos de este territorio.

En este cantón, la vida comunitaria late con fuerza, reflejada en la calidez y la hospitalidad de sus habitantes. Las sonrisas son un testimonio de la riqueza humana que habita estas tierras; el sentido de pertenencia y la tradición dan forma a una comunidad acogedora.

San Fernando es un lugar donde la historia cobra vida, donde la naturaleza despliega su grandeza y donde el espíritu comunitario se convierte en el tesoro de este rincón del mundo. El viento, danzarín entre los cerros, sopla de un lado a otro como una melodía típica de la serranía. A pesar del sol abrasador, el verdor del campo y los senderos de tierra trenzan un paisaje encantador que nos traslada a tiempos pasados.

*¡Oh San Fernando! Tierra linda y generosa,
Hoy te canto y te ensalzo en mi canción,
Porque eres joya de la sierra ecuatoriana
Que engrandesces a la provincia del Azuay (...)
Por eso te canto, por eso te quiero,
Porque eres la cuna donde yo nací,
Que Dios te bendiga tierrita sagrada,
San Fernando de mi inspiración¹.*

¹ Pasacalle dedicado al cantón San Fernando por las Hermanas Peña Inga.

Don Rafael Velázquez

“62 kilómetros desde Cuenca”, anuncia la aplicación de Google Maps, pero la distancia no tiene importancia. Nos embarga la curiosidad por conocer más sobre este cantón y su gente.

Y, entre candelas y fogones, conocemos a don Rafael Velázquez, quien nos cuenta sus memorias: “Viene a mi mente los recuerdos de la exuberante vegetación que caracterizaba a este lugar: montañas, bosques frondosos y chaparros. Pero, me acuerdo de una planta específica, el duco, cuyas hojas se utilizaban para elaborar el caucho. Esta planta era parte de la tradición arraigada en la quema de las chamizas en vísperas de las fiestas de San Pedro, el 29 de junio. Desde mi infancia, esta costumbre me cautivaba; recuerdo cómo de niño ayudaba a acarrear las chamizas y saltaba sobre las llamas incandescentes con entusiasmo. En cuanto a la fauna, lamentablemente se han perdido especies como la pava de monte, los raposos y los venados”.

Además, don Rafael recuerda la vida de hace seis décadas, cuando el pequeño pueblo de San Fernando presenciaba un cambio significativo con la llegada del servicio eléctrico: una planta de diésel daba la energía necesaria para iluminar las calles y hogares

de la comunidad. “En aquel entonces, las vías de comunicación ya estaban establecidas con caminos empedrados que facilitaban el desplazamiento, aunque llegar desde San Fernando a Cuenca aún representaba una odisea de cerca de cuatro horas”.

Sus recuerdos de aquellos días evocan imágenes de gallinas que iban “patas arriba en compañía de borregos y chanchos en las parrillas de los carros”, como una escena típica de la época. En aquellos tiempos no existían cámaras fotográficas para capturar esos momentos, pero quedaron grabados en la retina y en la memoria de quienes los vivieron.

“Aún tengo el recuerdo de la majestuosa laguna en el Cerro San Pablo, un símbolo de prosperidad y orgullo para nuestro pueblo, espejo nítido e imponente, cubierto por una suave neblina”, que se ha convertido en testigo silente de la historia y transformación de San Fernando a lo largo del tiempo, destaca el cronista.

Laguna de Busa

La laguna de Busa, según cuenta con orgullo don Rafael, simboliza prosperidad y orgullo: “Aquel sitio de encanto se ha vuelto un fiel y mudo testigo del

paso del tiempo, de la historia y transformación de todo lo que hay a su alrededor, pero particularmente de San Fernando”. En 1993, un grupo de visionarios liderados por don Rafael Velázquez construyeron una pequeña cabaña junto a la laguna. Reconocieron el potencial de este hermoso lugar para convertirse en un espacio de recreación, lo que beneficiaría la economía del cantón en desarrollo.

Las leyendas que envuelven a la laguna de Busa son narraciones transmitidas por los pobladores. Una de ellas se remonta a una hacienda próspera donde, durante una fiesta, la negativa a ayudar a un mendigo desencadenó una fuerte lluvia que formó la laguna. Otra leyenda nos traslada a la época del pueblo cañari, cuando la zona era conocida como “Leoquina”, que significa “Laguna de Culebras”. Según la creencia, una culebra de oro se escondió en el embalse, dando origen a su nombre original.

Aunque hoy en día la laguna de Busa es un destino turístico consolidado, es importante recordar su significado histórico y cultural para la comunidad. Los cañaris, antiguos habitantes de la región, consideraban este lugar sagrado y veneraban a la serpiente “Leoquina” que residía en sus aguas. Sin embargo, con el paso del tiempo, muchos han olvidado o desconocen esta conexión ancestral.

La laguna de Busa, con su imponente belleza, ha sido objeto de temor y respeto a lo largo de los años, manifiesta el cronista: “La laguna ha sido bravísima y la leyenda cuenta que se los lleva a todos que se acercan a ella, tratando de robar su belleza, de asimilar su grandeza y de admirar su bondad. En Carnaval, la laguna hacía bombas de agua y les tiraba como si estuviera tratando de ahogarlas, por eso, la gente le tenía mucho miedo, tenía que correr cuando caminaba por aquel lugar”.

Producción de lácteos

En San Fernando, la producción y consumo de lácteo son verdaderos placeres de la vida rural. Los vastos campos verdes y fértiles de la región proporcionan el contexto perfecto para la cría de ganado lechero, convirtiendo así a la industria láctea en un pilar de la economía local. Las granjas lecheras son una vista común en el paisaje, y los ganaderos trabajan con dedicación para obtener productos de la más alta calidad.

La tradición y la artesanía en la elaboración de lácteos son rasgos distintivos de San Fernando. Las familias locales han perfeccionado técnicas ancestrales de producción de queso a lo largo de

generaciones. Recordamos a los ancianos sacando el queso de las “hormas” o “cinchas” y colocándolo en tablas o “zhashil” para escurrir el suero. Disfrutar de este manjar a base de leche era una experiencia incomparable; muchos preferían comer el queso fresco o dejarlo madurar en la “escuza” hasta “amarillar” y obtener un sabor más intenso. La elaboración de mantequilla y el yogurt también fueron transmitidas de generación en generación. Los productos lácteos de la región son reconocidos por su delicioso sabor y calidad, y por mantener vivas las recetas y técnicas de preparación, identidad cultural de esta comunidad.

Esta actividad comercial enriquecía a los productores locales y abría nuevos horizontes para toda la región. Los habitantes de San Fernando, con sus delantales manchados y sonrisas radiantes, llevaban sus tesoros lácteos a mercados más amplios, compartiendo así el sabor y la esencia de su tierra en lugares distantes, como Zaruma, Portovelo, Pasaje, Machala y Balao. A lomo de mula, después de días de travesía y paradas en los pequeños pueblos de los alrededores, el queso de San Fernando llegaba a manos ávidas de probarlo.

Pero eso no es todo. En esos mercados lejanos, los compradores reconocían la autenticidad de los productos provenientes de San Fernando. Merece

mención especial el esfuerzo de los viajeros que transportaban el queso. A pesar del cansancio, la sed y las dificultades del camino, su labor era sustento para sus familias y eran reconocidos por ello.

Al regresar de la costa, los viajeros vendedores de queso traían consigo arroz, café y azúcar para las tiendas en San Fernando, y más productos. El arroz, en particular, reemplazó gradualmente al arroz de cebada, añadiendo variedad a la mesa de los sanfernandinos. Las mulas, cansadas y “sudorosas” después de meses de viaje, llegaban cargadas en cajones de carrizo delicias como “cañas de Castilla”, oritos, bocadillos, rallados y naranjas, que se convirtieron en golosinas estrella de los niños de la época.

Raíces y solidaridad

Desde el primer rayo de luz, hombres y mujeres a la par se entregan con devoción a sus quehaceres, sus rostros iluminados por la determinación. En el fragor de la jornada, se entretienen historias de sacrificio y perseverancia, donde cada surco labrado es una promesa de abundancia y cada cosecha se celebra con alegría. En este rincón azuayo, la labor de cada uno se convierte en un cántico al trabajo duro, una melodía que resuena a través de valles y colinas,

recordando a todos que en la simplicidad de la vida rural yace la grandeza de la humanidad.

En San Fernando, la unión se manifiesta en múltiples aspectos de la vida cotidiana. Los vecinos se conocen y se apoyan mutuamente. Desde la organización de eventos comunitarios, como mejora de infraestructura o turismo sostenible, hasta la atención de necesidades básicas, como salud y educación, la comunidad se involucra activamente en el bienestar de sus miembros.

La preservación de tradiciones y costumbres ancestrales fortalece aún más a la comunidad. Festividades, música, gastronomía y otras expresiones culturales se valoran y promueven como parte de la identidad del pueblo. En tiempos de crisis, como desastres naturales, la solidaridad entre los habitantes se hace aún más palpable. La rápida respuesta y colaboración de todos permiten afrontar los desafíos con resiliencia y determinación.

La fe católica ocupa un lugar central en la vida de los habitantes de San Fernando, fortaleciendo su identidad cultural y espiritual. La iglesia sirve como punto de encuentro para la comunidad, donde los fieles se reúnen para celebrar los sacramentos y buscar consuelo espiritual. Además, las festividades

religiosas ocupan un lugar notorio en el calendario local, fortalecen los lazos comunitarios con momentos de reflexión y renovación espiritual. La influencia de la religión católica se extiende a todos los aspectos de la vida diaria y desempeña un papel importante en la educación y el bienestar social de la comunidad.

San Fernando tiene una iglesia matriz, un convento parroquial en el centro cantonal, otra iglesia y un convento parroquial en Chumblín y más de 20 capillas. Las iglesias, con su arquitectura impresionante, son además centros de actividad comunitaria. Desde fiestas patronales hasta ceremonias de bodas y bautizos, estos lugares sagrados son testigos de los momentos más importantes en la vida de los habitantes de la región.

La fiesta en honor a la Natividad de Chumblín

Llegadas las vísperas del 8 de septiembre, la fiesta en honor a la Natividad de Chumblín, los comerciantes se preparan con sillas, bancas, esteras, faroles y lámparas. Las calles del centro de esta parroquia se transforman en mercados aglomerados, con mercancía que llega desde San Fernando. Hay de todo para degustar: caldo de gallina runa, fritada, cuy con papas, papas con cuero, y más. La alegría de

los niños se multiplica al degustar y elegir entre dulces de almidón, cocadas, roscas, chupetes y paletas llenas de colores.

Las celebraciones duran 24 horas durante 10 días consecutivos. Desde las cinco de la mañana, la banda del pueblo llena de alegría y sabor las festividades. Las campanas de la iglesia repican, y el reloj de la torre principal marca las cinco y treinta, señalando el inicio de un nuevo día de fiesta. La bulla en las calles persiste y se mezcla con el olor a café y fritura de empanadas de viento. Un tufillo a canelazo hecho con *guanchaca* traída de Yunguilla y el caminar de los comerciantes despiertan a los peregrinos hambrientos.

A las ocho de la mañana, un aroma sagrado y purificante a romero y velas envuelve el ambiente, anunciando la presencia de la Virgen de la Natividad en las calles céntricas de Chumblín. La Virgen llega en procesión, acompañada por floreras y maceteras, portando su estandarte religioso, cuadros y estampas. Su imagen, con una inmensidad de flores a sus pies, lleva imponente los colores rosa, celeste, blanco, violeta, dorado y verde claro. Emociona verla con su corona de baño en oro y piedras preciosas.

Los feligreses acuden para pedir favores y para agradecer por las bendiciones concedidas. Como expresión de gratitud, donan ayuda económica a la iglesia. El manto de la Virgen se cubre de billetes, mostrando la fidelidad de los devotos y peregrinos.

Por la noche, el cielo se ilumina con el sonido de los fuegos pirotécnicos, “voladores” y “vacas locas”, experiencia única para los visitantes. La música de la banda del pueblo toca sin cesar, al son de la canción de la *Vaca loca*, de Bayron Caicedo.

Abran cancha, abran cancha

Porque viene Bayron Caicedo

Y su vaca loca.

¡Eche un volador, eche un volador!

Voladores y camaretas reventando están

Qué bonito toca la banda el ritmo nacional

Ah, ya vienen los vendedores, el circo ya llegó

En el parque, Bayron Caicedo alegrando está,

Qué lindo, con lo nuestro.

Luego de la Santa Misa, el prioste esperando está

Se reparten las canelas, artistas cantando van

Allá viene la vaca loca, cachitos quemados,

Se prendió, se prendió el castillo, reventando está

Qué bonito elevan los globos, aplaudiendo están.

*Todo el mundo baila alegre el ritmo nacional
¡Eso es! A ver, el barrio más alegre, el barrio
¡Arriba, arriba el ánimo!
¡Y que viva los priostes, viva la priosta!
Doña Carmita, en Déleg
¡Otra vez! (...)
¡Eso!
Traiga una canela vea para el profesor Byron
Caicedo
Un zhumir,
Un zhumir calentito.*

En la casa del prioste hay un animal despostado, solo con la cabeza y su cuero, listo para ser colocado sobre un armazón de “chaclias”. La cabeza, adornada con flores, romero y banderas del Ecuador sujetas cerca de los cuernos, simboliza las tradiciones locales. Don Rafael Velásquez recuerda que el acto de bailar cargando a la “vaca loca” y dirigirse a la puerta principal del templo de la Virgen de la Natividad era muy agotador, pero había que hacerlo por Taita Dios o la Santísima Virgen.

El nacimiento del Niño Jesús

El mes de diciembre es, sin duda, uno de los más esperados del año. La ilusión y alegría que se reflejan en los rostros de los niños son una clara muestra de la esperanza y el amor que inspiran a las familias a unirse para celebrar el nacimiento del Divino Niño Jesús. Sentado en el acogedor sillón de su casa, el profesor Rafael Velázquez rememora su infancia, evocando aquellos tiempos en los que sus padres adquirieron una escultura del niño Jesús, hecha en Cuenca, que data de hace más de un siglo.

Su Nochebuena se convertía en un momento de unión, donde vecinos, familiares y amigos se congregaban para velar al Niño Jesús. El espíritu navideño inundaba cada hogar con humildad y camaradería. El aroma dulce y embriagante de la miel de panela, el sonido del aceite hirviendo friendo los deliciosos buñuelos en pailas y el rico quesillo fresco, todo estaba listo para deleitar a los invitados.

Los buñuelos eran los bocaditos más anhelados por grandes y chicos. Las casas se llenaban de alegría con el bullicio de los compadres y comadres del Niño Jesús, los villancicos resonaban y los cohetes iluminaban el cielo. La devoción era palpable, y cada año traía nuevos compadres para glorificar al Niño Jesús.

Para demostrar su bondad y fe católica, se armaba el Altar del Niño, una tradición característica de San Fernando. El altar, hecho de carrizo tejido, se colgaba en el altillo de la casa, adornado con frutas, dinero, prendas, gallinas, cuyes, vinos, panelas e incluso sardinas enlatadas, una novedad en la dieta de los habitantes. Las bromas y la alegría abundaban cuando alguien sacaba el vino, lo que significaba que el próximo año tendría que retribuir con el doble de cantidad. Para don Rafael Velásquez, tener al Niño Jesús en su hogar cada año era la máxima expresión de su fe en Dios.

En la actualidad, esta tradición ha ido desapareciendo junto con las casas de bahareque y los altillos de carrizo. Sin embargo, los hermosos recuerdos siguen vivos y se transmiten porque es necesario mantener estas tradiciones para preservar la esencia del pueblo de San Fernando.

Los carros de caja de madera

En medio de un inmenso paisaje, entre lagunas y cerros, surgió la necesidad imperiosa de una carretera que facilitara la movilidad de personas y productos en el cantón San Fernando. El fervor cívico del profesor José María Quito por abrir una

trocha hacia el cercano cantón Girón fue respaldado por toda la comunidad, desde los adultos hasta los niños de la escuela “Nicanor Merchán”.

Con herramientas simples como palas, picos, lámparas y barretillas, se congregaron en grandes mingas para abrir el camino que hoy en día es vital para el comercio y el turismo en San Fernando. El profesor Velásquez recuerda que esta obra fue una de las más significativas para el cantón, ya que permitió una movilización más ágil hacia Girón, el Valle de Yunguilla y Cuenca.

Esta vía está impregnada de recuerdos y anécdotas, inicialmente era un camino de segundo orden, empedrado y con puentes de madera cubiertos con tejas, lo que representaba riesgos adicionales durante la temporada de lluvias. Los carros de caja de tabla, caracterizados por una parrilla en la parte superior para transportar granos, aves de corral y otros productos, eran el principal medio de transporte. Incluso, algunas personas y niños viajaban en estas singulares estructuras. Durante los viajes, las noticias y los chistes animaban el trayecto, ya que la comunidad era cercana y todos se conocían. Lo que antes tomaba días llegar a Cuenca, después de la construcción de esta vía, se redujo a aproximadamente cuatro o cinco horas.

A pesar de su importancia, esta carretera no estuvo exenta de controversia. Algunos la apodaron “la carretera del diablo”, debido a la oposición del sacerdote Luis Alberto Lozano a su construcción. Las razones de su oposición quedaron en el misterio, perdurando como un enigma entre aquellos que ya no están. Sin embargo, el esfuerzo conjunto de los habitantes de San Fernando marcó el inicio de una era de prosperidad y reconocimiento para el cantón, tanto por sus residentes como por los forasteros.

La vocación de enseñar

En el recuerdo de su infancia y su paso por la escuela, don Rafael Velásquez recuerda con cariño a sus “apreciados y sabios profesores”, quienes con dedicación recorrían los rincones más remotos de Azuay. Nombres como José María Quito, Hugo Piedra, Hermiño Álvarez, Luis Ariosto Quito, Luis Criollo, Julio Enrique Quito, Victoria Riera, Gloria Morales y Estela Ochoa, entre otros, incluido él mismo, dejaron una marca imborrable en cada uno de sus alumnos. Movidos por la vocación, estos educadores modelaron el carácter y la mente de sus estudiantes, sin esperar recompensas tangibles.

La curiosidad de los niños y la metodología del “aprender haciendo”, promovida por el profesor José María Quito en la escuela “Nicanor Merchán”, los llevaba a explorar más allá de los libros. Esta pedagogía fomentó la experimentación y el descubrimiento, “permitiendo a los estudiantes llegar a conclusiones por sí mismos, alimentando así su curiosidad natural”. Para Velásquez y los demás maestros de San Fernando, “ser un verdadero educador implicaba más que impartir conocimientos”; era también saber convivir y nutrir las esperanzas de cada niño y niña, con la visión de construir un futuro mejor para el cantón.

El legado de estos grandes maestros perdura en la mente y el corazón de cada uno de sus alumnos, quienes llevan consigo los momentos inolvidables y la inspiración para contribuir al desarrollo y bienestar de San Fernando.

Relatos fotográficos





| Foto 1



Foto 2

Girón



Foto 3



ERCED
ALQUILADO Y CERRAJERIA



Foto 5

San Fernando



Foto 6



Foto 7



Foto 8



Foto 9

Oña



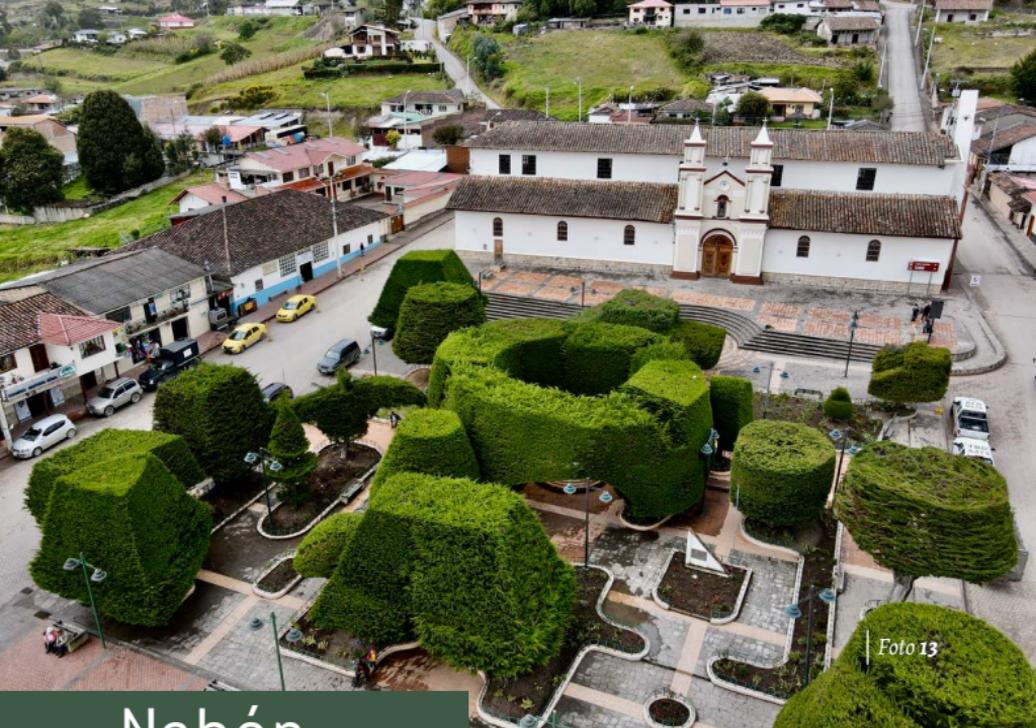
Foto 10



Foto 11



Foto 12



Nabón





Foto 15



Foto 16



Foto 17



Foto 18



Foto 19



Foto 20

Fotografías:

Foto 1. Plaza central de Nabón. Autoría: Prefectura de Azuay.

Girón

Foto 2. Procesión en honor al Señor de Girón. Autoría: Prefectura de Azuay.

Foto 3. Fachada del Museo Casa de los Tratados. Autoría: Prefectura de Azuay.

Foto 4. Entrada en procesión del Señor de Girón a la iglesia. Autoría: Prefectura de Azuay.

San Fernando

Foto 5. Iglesia de San Fernando. Autoría: Prefectura de Azuay.

Foto 6. Parque central de San Fernando. Autoría: Prefectura de Azuay.

Foto 7. Complejo turístico Laguna de Busa. Autoría: Prefectura de Azuay.

Foto 8. Toma aérea de la Laguna de Busa. Autoría: Prefectura de Azuay.

Oña

Foto 9. Panorámica del parque central de Oña. Autoría: Archivo fotográfico Cronistas rurales.

Foto 10. Parque central de Oña, con la iglesia de fondo. Autoría: Archivo fotográfico Cronistas rurales.

Foto 11. Panorámica de Oña. Autoría: Prefectura de Azuay.

Foto 12. Cascada “El Rodeo” en Oña. Autoría: Prefectura de Azuay.

Nabón

Foto 13. Panorámica de la plaza central de Nabón. Autoría: Prefectura de Azuay.

Foto 14. Atuendos elaborados para la Virgen de la Nieves. (2023). Autoría: Archivo fotográfico Cronistas rurales 2023.

Foto 15. Sr. Jaime Cedillo. Autoría: Archivo fotográfico Cronistas rurales 2023

Foto 16. Sr. Alfredo Ureña. Autoría: Archivo fotográfico Cronistas rurales 2023.

Foto 17. Sr. Oswaldo León. Autoría: Archivo fotográfico Cronistas rurales 2023.

Foto 18. Sr. Edgar Cuello tocando el piano. Autoría: Archivo fotográfico Cronistas rurales 2023.

Foto 19. Doña Marianita. Autoría: Archivo fotográfico Cronistas rurales 2023.

Foto 20. Elaboración de pan en horno de leña. Autoría: Archivo fotográfico Cronistas rurales 2023

Sesión III

Oña



**Al pie de las
colinas**

Punto de encuentro

Oña es un pequeño cantón de la provincia del Azuay, fundado en 1539, diecisiete años antes que la ciudad de Cuenca. Su cantonización se oficializó el 10 de mayo de 1991 y, desde entonces, ha sido un punto de encuentro para visitantes que disfrutaban paseando y conversando con los habitantes locales. Los residentes narran con orgullo cómo el lugar ha crecido gracias a los esfuerzos de sus antepasados, quienes anhelaban ver a la entonces parroquia convertirse en un centro cultural para el Azuay.

Oña se divide en las parroquias San Felipe de Oña y Susudel, donde se pueden apreciar la iglesia y sus alrededores en detalle. Cada rincón del lugar está lleno de historias sobre quién, cómo, dónde y cuándo se realizaron diversas actividades, las cuales son compartidas con cariño por los sabios del lugar. Los cronistas, protagonistas de estas historias, han tenido la tarea de rescatar y recopilar el valor inmaterial que da vida a Oña.

En el centro de Oña se encuentra la iglesia central, rodeada de edificios significativos como el Municipio y la Junta Parroquial, además de servicios de salud pública y pequeños negocios. Durante el trabajo de vinculación, se tuvo la oportunidad de visitar el mercado de San Felipe de Oña, donde se mostraba comercio era bullicioso en esas horas. También se conversó con algunas vendedoras de cerámicas en las afueras del mercado. Conocer el cantón se convirtió en una aventura llena de anécdotas.

Doña Cristina

Había una vez, en el cantón de Oña, un lugar donde la arquitectura narraba historias de tiempos inmemoriales. Sus calles empedradas y estrechas, bordeadas por casas de adobe y tejas rojas, aún

guardaban secretos y tradiciones ancestrales. En el corazón del cantón, se erguía majestuosa la iglesia, una verdadera joya arquitectónica que relataba la historia de Oña desde tiempos remotos. Como un susurro del pasado que se entrelaza con el presente, nos encontramos con doña Cristina Ullauri, quien nos comparte un relato lleno de memorias: “Mi bisabuela, nativa de aquí, decía que cuando ella tuvo uso de razón, la iglesia era una choza de paja con suelo de tierra, como era antes. Entonces, ella dijo que había que ver cómo se hacía una iglesia porque se podía convertir en parroquia”. Su bisabuela se encargó de comenzar con el proyecto, viendo la necesidad de crear un lugar donde los habitantes pudieran encontrarse con Dios.

La construcción del templo fue una verdadera hazaña comunitaria. A pesar de las lluvias, el sol y el frío, nada detuvo a los habitantes de Oña en su empeño por culminar el templo. Albañiles y arquitectos llegaron desde Cuenca, y doña Cristina aún recuerda sus nombres con cariño: “Uno se llamaba Chicaiza, el otro tenía el apellido Cajas. De ellos, quedó familia aquí; ya murieron los albañiles y del arquitecto no sé”

La campana de la iglesia, antigua y resonante, marca el ritmo del tiempo, llamando a los fieles a la

oración y recordando a la comunidad que la fe es un lazo que une corazones. Sus paredes de adobe y su alta torre se elevan hacia el cielo como guardianes del tiempo. Aunque ha experimentado cambios con las últimas remodelaciones, la iglesia conserva su esencia y su papel central en la vida del cantón. Doña Cristina fue testigo de un cambio radical en la torre cuando un cura decidió derribarla para construir una nueva. A pesar de todas las renovaciones, el interior de la iglesia sigue siendo un espectáculo para los sentidos. Las ventanas de colores tamizan la luz del sol, pintando el suelo con tonalidades cálidas. Los bancos de madera, desgastados por los años pero llenos de historia, acogen a los devotos que se arrodillan con humildad para ofrecer sus plegarias.

Los lugareños creen que cada piedra de esa iglesia tiene una historia que contar, desde la época de la colonia hasta los días presentes. Encajan en su lugar con una historia que se remonta a tiempos lejanos, cuando los fundadores del cantón soñaban con construir un lugar de adoración que perdurara a lo largo de los años. Esculturas y vitrales adornan sus paredes, narrando la fe y la devoción arraigadas en la comunidad de Oña.

Justo al lado, la escuela “Ester Ullauri” se muestra con un encanto particular. Sus paredes de adobe

y tejados rojos resuenan con las risas de los niños y el bullicio del aprendizaje. La arquitectura de la escuela, con sus aulas luminosas y amplios patios, refleja la profunda importancia que la comunidad otorga a la educación y al legado de quienes pavimentaron el camino antes. La escuela lleva el nombre de su promotora, Ester Ullauri, quien dedicó su vida al servicio de la comunidad de Oña y consiguió los recursos necesarios para su construcción.

Doña Cristina recuerda con orgullo: “Esthercita Ullauri, prima de mi padre, llegó desde Cochalpamba con el sueño enraizado en su corazón. Como una semilla sembrada en tierra fértil, propuso la construcción de un convento donde antes no había más que un vacío. Compró el terreno y dejó mil sures para la sustentación de las madres, marcando así un nuevo capítulo en la historia de nuestra comunidad”.

La estructura, con sus paredes de colores vivos, reverbera con el eco de los niños, es un santuario de conocimiento y esperanza para la comunidad. Se construyó mediante mingas comunitarias, según se acuerda doña Cristina: “Oña tenía como 28 comunidades, y a cada una le tocaba trabajar una semana, entonces venían con sus familias, sus yuntas, a levantar columnas”.

El patio de la escuela, abrazado por árboles centenarios y flores multicolores, se convierte en un escenario de juegos y risas. Los estudiantes, cargando sus pesadas mochilas, revolotean de un lado a otro como mariposas juguetonas, disfrutando cada instante de su infancia. Las mercedarias de Quito impartían allí la educación a las señoritas de la escuela. “Ellas vinieron a conocer en 1945 y ya vinieron a vivir en 1956, cuando estaba el convento”, explica doña Cristina, y “antes de mudarse al convento, vivían allá donde ahorita vive el alcalde”.

En el cantón de Oña, entre calles adoquinadas y antiguas edificaciones, se esconde un rincón privilegiado: el Parque de Oña. El terreno fue donado por don Juan Lara. Mientras le seguimos el paso, doña Cristina menciona: “Ya son años, eso era antes un pedacito de monte. Entonces, como venía la gente para las fiestas de Semana Santa, de Navidad, se necesitaba un parque.

Mi tía en aquel entonces era sindicalista; yo estaba chiquita, no me acuerdo muy bien, pero don Lara le sugirió a mi tía la construcción de un parque”. Y lo hicieron, con la esperanza de que Oña algún día sea parroquia, sin imaginar que llegaría a ser cantón. Don Lara colaboró con el material y “la mano de obra de la Costa”. Hoy, doña Cristina nos

muestra el lugar y se enorgullece: “Ahora tenemos bonitas veredas”.

Así es el Parque de Oña, el corazón latente del cantón, donde las risas de su gente se entrelazan con el susurro de las hojas y el murmullo sereno de una fuente de piedra. Este oasis ofrece un respiro de serenidad y alivio, con árboles frondosos que brindan sombra acogedora bajo el sol de la tarde. Las puertas de entrada, enmarcadas por majestuosos arcos cubiertos de enredaderas, invitan a adentrarse en un mundo de fragancias. Una vez dentro, los árboles nos envuelven y susurran su historia. Es un lugar de calma. Mucha calma. El Parque de Oña es un símbolo arraigado de la identidad local. Cada rincón cuenta una historia vívida. En el centro, un viejo kiosco de hierro forjado solía albergar a las bandas locales que animaban las tardes de domingo. En un extremo del parque, se alza imponente un monumento dedicado al fundador, don Lara. Al pie de este monumento, un pequeño jardín, cuidado con esmero, resalta la belleza de la tierra y su gente, reflejando el profundo amor y respeto de los habitantes de Oña por su historia y legado.

En el centro de Oña se encuentra la Casa Vallejo, una joya arquitectónica que guarda secretos y recuerdos de generaciones pasadas. Con sus paredes

de adobe, esta casa es un testigo silencioso de la historia del cantón. Durante décadas, la Casa Vallejo fue el punto de encuentro de los habitantes de Oña, donde celebraban festividades y eventos comunitarios. Su fachada, adornada con detalles tallados a mano, brilla con el encanto de la época colonial. Las ventanas de madera permiten que la luz del sol ilumine las estancias llenas de muebles antiguos y fotografías en blanco y negro.

Según los relatos de los entrevistados, la Casa Vallejo se remonta a varias generaciones atrás. La familia Vallejo, pionera en la fundación de Oña, construyó esta casa como un símbolo de su compromiso con la comunidad y su amor por la cultura y la historia. Conocida por su generosidad, decidió abrir las puertas de la casa al público años después. Martina Vallejo, la última descendiente, impulsó la transformación de la Casa Vallejo en un museo viviente, deseosa de compartir la rica historia que se escondía tras sus muros con los habitantes locales y visitantes de otras tierras.

Hoy en día, la Casa Vallejo, ahora conocida como Museo Edmundo Vallejo, exhibe una impresionante colección de artefactos antiguos, muebles tallados a mano y documentos que narran la evolución del cantón a lo largo de los años. Los visitantes

exploran las habitaciones maravillándose con los objetos que usaron los Vallejo, desde herramientas agrícolas hasta muebles de madera y utensilios domésticos centenarios.

Doña Rosa

Había una vez una niña llamada Rosa que vivía en un pequeño pueblo rodeado de campos y montañas. Junto con sus diez hermanos, se dedicaba al cultivo de papas, mellocos y, sobre todo, maíz. Trabajaban en tierras lejanas, “donde las montañas se alzaban desafiantes”. Antes de comenzar a sembrar, realizaban el desmonte, cortaban las malas hierbas, luego las secaban y quemaban. La siembra era un proceso arduo: con la ayuda de la yunta, guiados por una persona al frente, araban la tierra, mientras otros sostenían el arado detrás. El resto colocaba semillas de maíz en los surcos que dejaba el arado.

Para la cosecha, Rosa y su familia se preparaban para largos días en la montaña, a veces más de quince, ya que los cultivos de maíz se extendían por vastas áreas. Llevaban comida cruda y cobijas porque debían quedarse allí durante todo el tiempo que duraba la cosecha. Cocinaban con leña en ollas

de barro hechas por la madre de Rosa. Su casa era de paja de caña, un refugio humilde.

Las noches de cosecha eran mágicas pero laboriosas para Rosa y su familia, cuando se dedicaban a desgranar el maíz que habían cosechado durante el día. Reunían una gran cantidad de mazorcas y, con la ayuda de palos, golpeaban el maíz para separar los granos. Para evitar que estos salieran disparados, cubrían el suelo con colchas extendidas cuidadosamente alrededor del área de trabajo. Se alumbraban con mecheros improvisados, hechos con botellas con una tapa perforada por donde colocaban una tela impregnada de kerosene, proporcionando la luz necesaria para trabajar.

A veces, para enfrentar la ardua tarea, contrataban a otros agricultores. En gesto de agradecimiento, Rosa y su familia compartían parte de su cosecha o devolvían el favor trabajando en los terrenos de aquellos que los habían ayudado.

Sin embargo, el tiempo ha avanzado y las circunstancias han cambiado drásticamente para Rosa y su comunidad. Ahora, las familias no son tan numerosas como antes y no pueden apoyarse mutuamente en las laboriosas cosechas, que demandan mucho trabajo y esfuerzo. Rosa observa con tristeza

cómo muchas familias “tienen solo dos o tres hijos”, lo cual limita la capacidad de trabajar en grandes extensiones de terreno que requieren más manos.

Como resultado, los campos que una vez estuvieron llenos de cultivos y vida ahora yacen desiertos y abandonados. La juventud, buscando una mejor calidad de vida y afectada por malas cosechas que dificultan su subsistencia, emigra a los Estados Unidos o a las ciudades en busca de mejores oportunidades. La agricultura, en estas condiciones, se ha vuelto poco rentable. Las tierras ya no producen como antes, y las pocas plantas que logran crecer son devoradas por plagas y aves como el chilalo, que se alimentan de los granos y semillas.

Hoy en día, los terrenos que antes se cultivaban con esmero y dedicación yacen desiertos, ocupados solo por viejos recuerdos y personas mayores que han visto pasar el tiempo sin poder hacer nada. Al igual que doña Rosa, compran sus provisiones en el mercado, “pero los productos ya no son de buena calidad pue contienen químicos”.

Don Antonio Vallejo

Hace más de 60 años, un hombre llamado Antonio Vallejo notó que la gente tenía escasas opciones para acceder a medicina general y lugares de sanación en su comunidad. Decidido a marcar una diferencia, fundó la primera farmacia del pueblo. Además de ser boticario, don Antonio desempeñaba roles como chamán y curandero. También se dedicaba al comercio, importando y vendiendo aparatos de radio de lugares remotos como Tokio, Londres y Cali. Su almacén era un tesoro lleno de objetos variados.

Don Antonio manejaba una radio, la Emisora Panamericana, que permitía a los ciudadanos mantenerse informados rápidamente. Era un espíritu aventurero que disfrutaba explorando el campo en busca de artefactos de la cultura Inca. Hasta entonces, la medicina en Oña se basaba principalmente en la agricultura, y Antonio cultivaba su propia huerta de plantas medicinales. Con sus extractos, elaboraba tónicos y remedios para problemas estomacales y dolores de cabeza. Su trabajo incansable contribuyó significativamente al crecimiento y desarrollo de Oña en aquel tiempo.

Don Juan

Nativo de Oña, don Juan recuerda con cariño las festividades tradicionales de su pueblo, especialmente la “Fiesta del Pinghe”. Esta celebración se lleva a cabo en Semana Santa, un período de profundo respeto y reflexión para los devotos católicos en honor a la pasión y muerte de Jesús. Es un evento lleno de amistad y solidaridad que une al centro cantonal de Oña con la parroquia vecina de Susudel, dos comunidades hermanas que expresan su aprecio mutuo en esta ocasión especial. En Susudel, familiares, vecinos y amigos preparan con esmero ofrendas como maíz, frejoles, habas, la tradicional chicha de jora y sabrosos platos de cuy asado, destinados a ser compartidos con sus hermanos de Oña. Para don Juan, estos momentos son únicos e imborrables en su vida.

Juan menciona que, durante esta fiesta, “nosotros los pobladores del centro cantonal de Oña nos organizamos para recibir a los visitantes durante la Semana Mayor”. Los padres de Juan y las otras familias acogían a los visitantes en sus hogares, brindándoles alojamiento y comida.

Don Juan también participaba activamente en la festividad de la Cruz Loma. Junto con sus amigos

y familiares, celebraban esta tradición a finales de mayo o principios de junio. La celebración tenía lugar en un lugar encantador conocido por su vista panorámica y paisajes pintorescos. La festividad comenzaba con una misa, donde recibían la bendición de Dios, seguida de juegos deportivos y el gran remate de premios. Durante este evento, los premios incluían pomos de chicha, enlatados, granos, legumbres, vinos, aguardiente e incluso dinero, todos generosamente donados por los habitantes de la zona. Uno de los elementos más destacados de la festividad eran los coloridos castillos, armazones cuadrados de carrizos donde se ataban los premios. La comunidad se hacía cargo de estos castillos y se llevaba los productos con la condición de que el próximo año duplicaran sus donaciones, contribuyendo así al crecimiento continuo de estas estructuras simbólicas.

Don Juan rememora con ternura las subastas: “Mi abuelito solía rematar con las varas, carrizos largos donde se amarraban las donaciones. Y decía: ¿quién da más? Y los vecinos ofrecían cada vez más hasta que nadie ofrecía más. Por ejemplo, decía: 100 dólares a la una, 100 dólares a las dos, y 100 dólares a las tres, y así la persona que ofrecía los cien dólares se llevaba los productos de la vara. Así eran y aún son las fiestas tradicionales de mi bello cantón de Oña”.

Doña Zoila Rosa

Mientras recorríamos las empedradas calles de la alzada, una señora mayor nos miraba fijamente con tranquilidad en su semblante. Al acercarse a conversar con ella, soltó una sonrisa. Su nombre es Zoila Rosa de Jesús Espinoza, una señora de 87 años cuyas anécdotas enriquecieron las experiencias sobre cómo se realizaban algunos trabajos y vocaciones diarios. Mientras nos invitaba a visitar su casa, Zoila nos contó su historia de cómo se convirtió en la primera panadera local de la ruta a Susudel. Nos relató que, durante más de 40 años, había horneado delicioso pan para los estudiantes que salían de la escuela y para quienes visitaban las fiestas de San Francisco de Asís antes de la cantonización. Con mucho entusiasmo, nos mostró sus hornos de metal, regalo de su hermano desde Quito, además de una estatua de San Francisco de Asís, a quien vela cada noche antes de ir a dormir.

En las fiestas que “antes se hacían”, según doña Zoila, ella era la encargada de guardar al santo con mucho fervor y recelo. Hoy en día, ella vive sola con una hija con discapacidad, cuidándose y protegiéndose mutuamente. Llena de recuerdos y de nostalgia, nuestra protagonista soltó una lágrima de alegría al

ver cómo nos interesan sus historias: “Me da alegría que alguien me salude y converse conmigo, porque mis palabras están hasta cuando Dios mande”.

Visitar su casa revela la profunda devoción de Zoila hacia San Francisco de Asís, cuya estatua cuida con reverencia cada noche. Su papel como guardiana del santo durante las festividades demuestra su compromiso y su conexión con las tradiciones religiosas de su comunidad. A pesar de vivir sola con su hija discapacitada, doña Zoila irradia una sensación de paz y gratitud, y su alegría al ser escuchada y recordada por los jóvenes cronistas es conmovedora.

La historia de doña Zoila es un recordatorio de la importancia de honrar y preservar las historias y experiencias de nuestros mayores, quienes a través de sus vivencias nos enseñan lecciones valiosas sobre la vida, la fe y la comunidad. Su legado perdurará en las memorias de aquellos que la conocieron y la escucharon, y su espíritu generoso y cálido seguirá inspirando a otros en la ruta a Susudel y más allá.

Sesión IV

Nabón



**El granero
de Azuay**

Parroquia Las Nieves

Una vez, escuché a un anciano decir que no hay límites para quien se aventura a mirar más allá. Motivado por esas palabras, pensé explorar un lugar que apenas había sido mencionado por mis padres en mi infancia: el cantón Nabón y su parroquia Las Nieves. Decidí cruzar las fronteras de lo cotidiano: preparé mi maleta cuidadosamente, pensando con emoción en todo lo que tenía por descubrir.

La mañana me sorprendió con una alarma silenciosa, y mi torpeza matutina me llevó a moverme con una mezcla entre danza y lucha para estar listo a tiempo. Por nada en el mundo iba a perder el bus.

Desde las alturas de Nabón, acunado por colinas impregnadas de historias ancestrales, el paisaje se desplegaba ante mí como un cuadro viviente, no solo como un punto en el mapa. Nabón se presentaba como poema vivo que se deslizaba entre los pliegues de la naturaleza y la memoria compartida. Sus montañas guardaban secretos ancestrales, sus plazas cuentaban leyendas susurradas por generaciones. Sus habitantes, custodios de una identidad arraigada, danzaban al ritmo del tiempo en un escenario donde la geografía abrazaba la cultura con el talento de una narrativa encantadora. Me sumergí en la vida cotidiana del cantón Nabón con la esperanza de explorar más allá de las perspectivas tradicionales.

Siguiendo el consejo sabio de los lugareños, dirigí mis pasos hacia la parroquia de Las Nieves, donde conocí la historia y la cultura, y me empapé de las experiencias y vivencias de quienes llaman a este lugar su hogar. Cada conversación me regalaba una ventana hacia la vida diaria, los desafíos y las alegrías de la comunidad.

Con el corazón lleno de gratitud por la generosidad y la apertura de sus habitantes, anhelaba continuar mi exploración, ansioso de conocer el alma misma de Nabón y de una de sus parroquias.

Luz eléctrica y agua potable

La parroquia Las Nieves se perfilaba como un rincón encantador, donde la cultura resonaba como una sinfonía de tradiciones arraigadas. En cada esquina, los susurros del pasado se entremezclaban con la brisa fresca, contando historias que se fundían con el palpitar del presente

Los lugareños recordaban con nitidez los primeros días iluminados por la electricidad, un lujo recién adquirido que marcó un antes y un después en la comunidad. Escuché con atención las anécdotas de Edgar Cuello y su lucha junto a sus vecinos en mingas para transportar los postes de luz eléctrica. Su esfuerzo culminó con la llegada del servicio en 1988.

Pero la modernización del cantón no se detuvo allí. En 1984, se implementó el sistema de agua potable, liberando a los habitantes de la ardua tarea de acudir a vertientes y transportar el líquido vital hasta el pueblo. Hoy en día, la comunidad de Las Nieves emprendió la renovación de la red de agua potable y llevó a cabo el tan esperado alcantarillado.

En esta búsqueda por comprender quiénes fueron los artífices de la metamorfosis, encontré a Oswaldo León, operador en el sistema de agua

potable. Además, posee una tienda de abarrotes en el centro de la parroquia Las Nieves.

Don Oswaldo recuerda con nostalgia y orgullo aquellos primeros días del sistema de agua potable, cuando ver el agua correr por las tuberías significó un avance incalculable para todos. Rememora esas experiencias, un testimonio viviente del esfuerzo y la dedicación que marcaron una nueva era para el cantón y sus parroquias.

Festividades

Durante mi recorrido por la parroquia Las Nieves, el relato de don Alfredo Ureña resonaba con la esencia de las tradiciones del lugar. Su hospitalidad se mezclaba con la algarabía de sus perritos, que casi me hicieron salir corriendo al recibirme con “entusiasmo”. Me sumergí en las historias que don Alfredo compartía sobre las festividades, especialmente las ligadas al catolicismo y la veneración de la Virgen de las Nieves.

Las fiestas, que se celebran del 2 al 7 de agosto, están marcadas por la devoción y las limosnas. Residentes y migrantes de todo el país se unen en una peregrinación para honrar a la virgen milagrosa.

Don Alfredo contó cómo los fieles dejan limosnas y mantos hechos con cariño, reflejando la mezcla de creencias y tradiciones de los devotos.

Don Oswaldo León compartió con nosotros sus impresiones sobre la evolución de las festividades en Nabón a lo largo del tiempo. Antaño, las celebraciones congregaban a las parroquias del cantón en un gran evento, como el Pase del Niño en Navidad. Sin embargo, las costumbres han ido transformándose. Ahora, cada parroquia organiza sus propias celebraciones, adaptándose a los cambios del tiempo.

El relato de don Oswaldo, enriquecido por su experiencia como vocal de la junta parroquial, revela la voluntad de la comunidad por preservar sus tradiciones, aunque reconoce que han sufrido algunas modificaciones. Las festividades, desde las celebraciones de Fin de Año hasta el Carnaval, son ahora responsabilidad de comités específicos que se encargan de mantener viva la llama de la tradición.

A su vez, don Alfredo, con un brillo nostálgico en sus ojos, compartió la relevancia de festividades como el Carnaval en Las Nieves. Durante estas épocas, la comunidad se transforma en un bullicioso epicentro de tradiciones, donde antiguas

costumbres como el “Taita Carnaval” y la generosa distribución de alimentos siguen siendo parte integral de la celebración.

Así, las fiestas en Las Nieves se revelan como una expresión auténtica de la vida comunitaria, donde la fe, la devoción y la colaboración entre vecinos dan forma a experiencias valiosas que trascienden el tiempo y el espacio.

Migración

En Las Nieves, el tema de la migración, tanto interna como externa, surge como un elemento crucial en la dinámica de esta comunidad. Los relatos de los habitantes revelan cómo las festividades y la modernización se entrelazan con las experiencias de quienes han dejado su tierra en busca de oportunidades en otros lugares.

Don Alfredo Ureña y don Oswaldo León mencionan que en las festividades de Nabón hay presencia constante de migrantes, quienes regresan para celebrar junto a sus familias y revivir las tradiciones que han marcado sus vidas.

Sin embargo, también cuentan cómo esta migración ha dejado una huella profunda en la demografía

del lugar, con una población mayoritariamente compuesta por adultos mayores.

La observación de don Oswaldo sobre la emigración de la población joven hacia diversas partes del Ecuador y Estados Unidos resalta la transformación demográfica de Las Nieves.

Don Alfredo, a su vez, destaca cómo esta migración ha impactado la disminución del número de niños en la parroquia; muchos han optado por abandonar las actividades tradicionales, como la agricultura, en busca de oportunidades en la ciudad.

Jaime Cedillo ha sido testigo de los cambios significativos en su comunidad, a lo largo del tiempo. Su vida, marcada por el compromiso con su tierra natal, muestra la fuerza del vínculo emocional con el lugar de origen, incluso después de haber servido en el cuartel y haber regresado a sus orígenes.

Don Jaime nos muestra cómo, a pesar de los desafíos, ha mantenido vivo el espíritu de colaboración y desarrollo en Las Nieves, desde su trabajo en la agricultura hasta su papel como teniente político. Su testimonio sobre la gestión de la electricidad y la mejora de las vías revela cómo la participación comunitaria puede generar cambios significativos para el bienestar de todos.

Las fiestas en Las Nieves, antes limitadas al quemado del “Viejo” en fin de año, han evolucionado gracias a la iniciativa de grupos con integrantes nuevos y la participación activa de la juventud. Este cambio ha fortalecido el sentido de comunidad y ha creado una tradición compartida que une a todas las generaciones.

Las historias de Jaime Cedillo, Oswaldo León y Alfredo Ureña reflejan la realidad de muchas familias en Las Nieves, marcada por la separación geográfica debido a la migración. Aunque distantes, estas familias mantienen un fuerte lazo familiar que trasciende las fronteras físicas. Estas narraciones nos ofrecen un ejemplo concreto de la compleja dinámica de migración que define la vida en esta parte del cantón de Nabón.

Gastronomía local

La gastronomía del lugar es un verdadero tesoro culinario que muestra la riqueza de la cultura local. En este pequeño rincón de la provincia de Azuay, la oferta gastronómica es diversa, pero hay dos nombres con especial reconocimiento en este campo: doña Marinita y doña Marianita.

Doña Marinita es famosa por sus exquisitas tortillas de maíz, consideradas las mejores de todo el Azuay. Su local, ubicado al frente del parque central de Nabón, se convierte en un punto de encuentro para aquellos que buscan deleitar sus paladares con autenticidad y sabor. Cada tortilla, hecha a mano con maíz recién cosechado, es un homenaje a la tradición culinaria de este cantón. El aroma irresistible de las tortillas recién hechas atrae a locales y visitantes por igual, convirtiendo el pequeño local de doña Marinita en un epicentro culinario que aguarda a ser descubierto.

A su vez, doña Marianita es una maestra panadera que ha dedicado más de 50 años de su vida a la noble tarea de hacer pan. Su horno de leña, ubicado en Las Nieves, se convierte en un lugar embriagante los fines de semana, cuando abre sus puertas para ofrecer ricos panes.

Las delicias de Doña Marianita, elaboradas con harina de trigo del propio cantón, poseen un aroma inconfundible que se esparce por el aire, tentando a todos quienes tienen el privilegio de pasar cerca.

El cantón se enorgullece de ser el hogar de estas dos mujeres extraordinarias cuyas habilidades

culinarias han trascendido generaciones. La colaboración entre doña Marinita y doña Marianita es un ejemplo de la fuerza comunitaria que impulsa la gastronomía local. Doña Marinita adquiere los panes de doña Marianita para ofrecerlos en su local, creando así un círculo virtuoso de apoyo mutuo que fortalece la identidad y la economía local.

En Nabón, la gastronomía no es simplemente una cuestión de alimentar el cuerpo; es una expresión de identidad, una conexión con las raíces y un testimonio de la dedicación y el amor que las personas ponen en cada plato. Así, se presenta como un destino culinario auténtico que espera ser explorado por aquellos que buscan descubrir la riqueza de la comida local, marcada por la pasión de sus creadores y la autenticidad de sus ingredientes.

Festividad en honor a la Virgen de Las Nieves

Entre las montañas que rodean y forman el territorio de Nabón, los feligreses abundan. En este pintoresco pueblo hay magníficas iglesias que sirven como santuarios, acogiendo a numerosos creyentes y ofreciendo un espacio sagrado para la comunión con lo divino. Sin embargo, las creencias no se limitan simplemente a la oración; el

cantón cuenta con varias festividades en señal de agradecimiento y gratitud a sus santos.

En el parque central de Las Nieves se alza una iglesia impotente que guarda en su interior a la Virgen de las Nieves, patrona de la parroquia, quien bendice y protege a sus habitantes. De manera misteriosa, esta virgen apareció hace mucho tiempo entre una de las muchas montañas que rodean la parroquia.

Fue una niña oriunda de la parroquia quien la encontró. Ella llevaba todas las tardes a sus animales a pastar por la montaña y, durante varios días, se encontró con la Virgen. En cada encuentro, la Santísima Virgen la ayudaba e instruía en el arte de tejer y bordar. Tiempo después, los padres de la niña, curiosos por saber quién pasaba las tardes con su hija, decidieron acompañarla a la montaña. Al verla, inmediatamente se dieron cuenta de que la figura presente era la Virgen, identificándola por sus rasgos faciales y sus vestimentas. Emocionados, bajaron al centro y contaron a todos los habitantes de la comunidad sobre la aparición. La comunidad, jubilosa por la visita de la Santísima Virgen, decidió edificar una capilla en su honor. Gracias a la descripción de la niña y de sus padres, se pudo crear una imagen y una pequeña figura de la Virgen.

Cada año, el 5 de agosto, la parroquia de Las Nieves celebra con fervor las festividades en honor a la Virgen. La comunidad se reúne para organizar una celebración llena de música, sabores y tradición. La banda del pueblo llena el aire de melodías festivas, mientras grandes castillos de fuegos artificiales se levantan y arden en un espectáculo multicolor. Una misa solemne se oficia en honor a la Virgen, marcando el punto culminante del día. La fiesta dura toda la jornada y cuenta con la colaboración de todos los habitantes, incluso aquellos que han migrado a Cuenca regresan para participar en las festividades. La fe de la población se manifiesta de diversas maneras: rezan fervorosamente, dan limosnas generosas y confeccionan hermosos atuendos para la Virgen. Es un día de profunda devoción y alegría compartida que une a toda la comunidad en un lazo espiritual y cultural inquebrantable.

Al concluir esta travesía por Nabón, es imposible no reconocer la riqueza de esta experiencia que ha permitido conocer un pedacito más de nuestro querido Ecuador. A lo largo de este recorrido, se ha explorado las profundidades de Nabón y su comunidad, descubriendo sus tradiciones, historias personales y anécdotas que dan vida a este mágico lugar. Me ha impresionado cómo esta experiencia

ha desafiado mis percepciones y me ha permitido abrazar la complejidad de las identidades culturales. A lo largo de este viaje, he explorado un universo fascinante de historias, costumbres y prácticas que han moldeado la identidad única de este pueblo.

Mi viaje por Nabón me ha revelado la impresionante belleza de sus paisajes y la profundidad de las conexiones humanas que se encuentran allí. Cada persona cálida que nos abrió sus puertas y compartió sus historias mostró la riqueza de sus experiencias y la importancia de preservar y celebrar sus tradiciones. Al descubrir más sobre este cantón y su parroquia Las Nieves, he sido testigo de la diversidad de expresiones artísticas, gastronómicas y culturales que florecen en estas tierras.

Quiero invitarles a explorar Nabón como un viaje etnográfico hacia el entendimiento y la conexión con una comunidad acogedora. Deben descubrir esta parte única de nuestro Azuay y apreciar la diversidad cultural.

Proyecto de Vinculación “Escuela de Cronistas Rurales del Azuay”

Estudiantes de las carreras en
Pedagogía de la Historia y las Ciencias
Sociales y Periodismo participantes:

Girón:

Carlos Manuel León Delgado
Belén Paulina Mora Cuji
Tábata Micaela Bernal Bermeo
Xavier Marcelo Berrezueta Ordóñez
Evelin Paulina Caldas Segarra
Pedro Antonio Saa Loaiza
Roberto Carlos Becerra Sanmartín
Kevin Alexis Yumbla Yumbla

San Fernando:

María Angélica Bernal Jiménez
Marco Antonio Delgado Pulla
Andrea Priscilla Naranjo Zhiña
Constanza Páez Malo
Joan Josué Idrovo Hidalgo
Juan Martín Zúñiga Zúñiga
Miguel Patricio Saquicela Saldaña

Oña:

Oswaldo Patricio Chávez Yunga
Bryam Israel Díaz Cabrera
Juan Fernando Curay Calle
Adriana Fabiola Domínguez Mejía
Pablo Adrián Carabajo Déleg
Evelyn Michelle Ávila López
Flor Maria Falcón Huartacho
María Luisa Moscoso Mora

Nabón:

Jorge Stalin Chimbo Vélez
Sofía Michelle Pesántez Jiménez
Anahí Fernanda Asitimbay Elizalde
Kevin Alexis Yumbo
Naomi Marcel García Rosado
Johanna Alexandra García Bermeo
Diego Leodan Heras Heras
Laura Catalina Lema Cochancela
Wilmer Josué Maza Suárez

Profesores responsables:

María Gabriela Neira Escudero
Wilson Gárate Andrade
Ricardo Tello Carrión

Este libro se terminó de imprimir en julio de 2024
bajo el sello editorial UCuenca Press, en su taller gráfico.

Este libro es el resultado del Proyecto de Vinculación con la Sociedad titulado “Escuela de Cronistas Rurales del Azuay”, fruto de la colaboración entre la Prefectura del Azuay y la Universidad de Cuenca, que ha dado voz y reconocimiento a los cantones Nabón, Oña, Girón y San Fernando, en la cuenca del Jubones. A través de talleres, visitas de campo y la recopilación de testimonios de cronistas rurales, se ha tejido un tapiz de memorias que revela la riqueza cultural y los desafíos que enfrentan las comunidades frente a la migración y la modernidad.

Estos cuadernillos registran la vida cotidiana de los cantones y destacan la riqueza de la sabiduría popular como un acto de resistencia frente a la desaparición de la identidad rural y del legado comunitario. Los estudiantes y profesores de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación contribuyen a la conservación de la memoria regional, al documentar a las personas, ritos, recuerdos, oficios y paisajes que la conforman.

ISBN: 978-9978-14-552-4



9 789978 145524



UCUENCA